

José Carlos Mariátegui La Chira
Obras completas cronológicas
Volumen 5



Artículos
(1925 jul-dic)

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por
Octavio Obando Morán]

Producción cronológica

- .Roma, polis moderna (Mundial del 3 de jul de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El movimiento antisemita (Variedades del 4 de jul de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Anita Chiappe de Mariátegui (Carta) (6 de jul de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.88-89.
- .Hacia el estudio de los problemas peruanos (Mundial del 10 de jul de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .El imperialismo y la china (Variedades del 11 de jul de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Un programa de estudios sociales y económicos (Mundial del 17 de jul de 1925).Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Pansit Istrati (I.parte) (Variedades del 18 de set de 1925).volumen 6 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (21 de jul de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.91.
- .El terror en Bulgaria (Variedades del 25 de jul de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Wiliam.J. Bryan (Variedades del 31 de jul de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .El imperialismo y Marruecos (Variedades del 1 de ago de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Giovanni Amándola (Variedades del 8 de ago de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El hecho económico en la historia peruana (Mundial del 14 de ago de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Oliverio Gironde (Variedades del 15 de ago de 1925). Volumen 12 de las obras completas populares.

- .Pesimismo de la realidad y optimismo del ideal (Mundial del 21 de ago de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El debate del pacto de seguridad (Variedad del 22 de ago de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .La escena yugoeslava (Variedades del 29 de ago de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (1 de set de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.92.
- .La escena rumana (Variedades del 5 de set de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .El rostro y el alma del Tawantisuyo (Mundial del 11 de set de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Rene Viviani (Variedades del 12 de set de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (carta) (14 de set de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.94-95.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (carta) (16 de set de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.96.
- .La mascara y el rostro (Mundial del 18 de set de 1925). Consta en la B-b de Rouillón.
- .Alejandro Block (Variedades del 19 de set de 1925). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .El indio en la Republica (Mundial del 25 de set de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .Blaise Cendrars (Variedades del 26 de set de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (30 de set de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.100.
- .Waldo Frank (I y II parte) (Boletín Bibliográfico de la UMSM de set de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (set de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.101.
- .Temas de nuestra literatura. Los laureles de Guillén (Mundial del 2 de oct de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .El Sumo Cicerone del Foro Romano (Variedades del 3 de oct de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El progreso nacional y el capital humano (Mundial del 9 de oct de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Bernard Shaw y Juana de Arco (Variedades del 10 de oct de 1925). Consta en la B-b de Rouillón. Volumen 3 de las obras completas populares.
- .El artista y la época (Mundial del 14 de oct de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares (pasó al volumen 3)
- .Regionalismo y centralismo (Mundial del 16 de oct de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares.
- .La escena polaca (Variedades del 17 de oct de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Regionalismo y gamonalismo (Mundial del 23 de oct de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .Política y economía en Francia (Variedades del 24 de oct de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.

- .La región en la Republica (Mundial del 30 de oct de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La paz de Locarno y la guerra en los Balcanes (Variedades del 31 de oct de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Edwin Elmore (Carta) (1 de nov de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.102.
- .Edwin Elmore (Mundial del 6 de nov de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares. El titulo en la B-b de Rouillón es: La tragedia del sábado
- .José Ingenieros (Variedades del 7 de nov de 1925). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .La región en la República. Continuación (Mundial del 13 de nov de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .La crisis de la democracia (Mundial del 14 de nov de 1925). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .André Gide y la 'Nouvelle Revue Francaise' (Variedades del 14 de nov de 1925). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .Mariátegui y las universidades populares (Córdoba, revista de critica social y universitaria, del 15 de nov de 1925).Consta en la B-b de Rouillón.

- .La región en la republica. Conclusion (Mundial del 20 de nov de 1925). Volumen 2 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .´Europa´, revista de la cultura internacional (Mundial del 21 de nov de 1925). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (23 nov de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.103-104.
- Aparece el 25 de noviembre de 1925: La escena contemporánea.
- .Nacionalismo y vanguardismo: en la ideología política (Mundial del 27 de nov de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Carlos.Chávez (Carta) (27 de nov de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.107.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (30 de nov de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.108.
- .Literatura europeas de vanguardia (Variedades del 28 de nov de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (nov de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.109.
- .Nacionalismo y vanguardismo: en la literatura y en el arte (Mundial del 4 dic de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .El gabinete Briand (Variedades del 5 de dic de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (7 de dic de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.110.
- .El nuevo espíritu y la escuela (Mundial del 11 de dic de 1925). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .El pintor Petto Rutti (Variedades del 12 de dic de 1925). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .L´Action Francaise´, Charles Maurras, Leon Daudet (Variedades del 15 de dic de 1925). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .El estudio de la montaña (Mundial del 18 de dic de 1925). Consta en la B-b de Rouillón.
- .Pablo Iglesias y el sindicalismo español (Variedades del 19 de dic de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (22 de dic de 1925). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.114.
- .De José Carlos Mariátegui a Joaquín Garcia Monge (Carta) (24 de dic de 1925). CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.115.
- .Política española (Variedades del 25 de dic de 1925). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .El idealismo de Edwin Elmore (Mercurio Peruano, nov-dic de 1925). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Romain Rolland (Boletín Bibliográfico de la UMSM de dic de 1925).Consta en la B-b de Rouillón.
- .Roma y el arte gótico, (s/f). Volumen 3 de las obras completas populares.

- EL IMPERIALISMO Y LA CHINA*

Desde hace aproximadamente un mes, el conflicto entre los intereses imperialistas de las grandes potencias y el sentimiento nacionalista y revolucionario de la China asume un carácter violento. El pueblo chino se muestra más soliviantado que nunca contra los diversos imperialismos que chocan en su suelo. Las grandes potencias, a su vez, consideran urgente ahogar esta agitación revolucionaria y nacionalista. Para reducir a la obediencia a la inquieta China de hoy, se proponen emplear, primero, sus armas diplomáticas y financieras; recurrir después a armas más tudentes y coactivas.

El imperialismo capitalista declara responsable de la agitación china a los soviets. Habla, por esto, de convertir la ofensiva contra la China en una nueva ofensiva contra Rusia. El gobierno conservador de Inglaterra amenaza al gobierno de los soviets con la ruptura de las relaciones diplomáticas reanudadas hace poco más de un año. Y moviliza contra los soviets rusos a sus agentes de la Sociedad de las Naciones. Pero la situación internacional de Rusia no es ya la misma de 1918. El imperialismo británico, como cualquier otro imperialismo, es impotente en la actualidad para decretar un segundo bloqueo de Rusia. Los soviets, en siete años, han maniobrado diestramente. Han roto para siempre el cerco diplomático, económico y militar dentro del cual la fobia de Clemenceau soñó aislarlos y asfixiarlos. La Gran Bretaña puede retirar de Moscú a su embajador y despedir de Londres a Rakovsky; pero no puede inducir a las demás potencias capitalistas a seguir su ejemplo. El Japón, por ejemplo, que en 1918 atacaba a Rusia en el Extremo Oriente, conforme a la consigna de la diplomacia aliada, no renunciará ahora, por un interés o una necesidad británica, a las ventajas de su reciente tratado de amistad y de comercio con los soviets. Y, entre las mismas potencias aliadas, no es fácil un entendimiento. Italia no tiene intereses en la China. Le importa, en cambio, comerciar con Rusia. La política internacional de Mussolini es demasiado maquiavélica para no conservar en su juego la carta rusa. Francia misma, más próxima a los puntos de vista de la Gran Bretaña, no parece dispuesta a perder el terreno ganado en lo relativo a la reconciliación franco-rusa por la diplomacia del bloc de izquierdas.

El juicio del imperialismo británico sobre la agitación china resulta, por otra parte, demasiado simplista. Decir que la Tercera Internacional mueve todos los hilos de esta agitación es desconocer las raíces históricas de un fenómeno mucho más complejo y hondo. La revolución rusa ha influido poderosamente en el despertar de la China y de todo el Oriente. Pero no en

la forma que un criterio exclusivamente policial es capaz de suponer.

Rusia, bajo el zarismo, colaboraba con las otras grandes potencias en la expoliación de la China. La caída del zarismo, ha privado al imperialismo occidental de esta colaboración poderosa. El nuevo régimen ruso, además, ha renunciado a todos los privilegios contrarios a la soberanía china, de que Rusia zarista, como las otras grandes potencias, gozaba en el imperio amarillo.

Estos privilegios, como es notorio, lesionan y excitan profundamente el sentimiento nacional chino. El pueblo chino se siente tratado, en su propio territorio, como un pueblo inferior y bárbaro. Los súbditos de las grandes potencias se encuentran protegidos por un derecho especial de extra-territorialidad. Los tribunales chinos, cualesquiera que sean sus desmanes o sus delitos, no pueden juzgarlos. El Estado chino carece del derecho de elevar su tarifa aduanera. Las aduanas se hallan en manos del capitalismo extranjero. Las obligaciones impuestas a la China por las grandes potencias no le consienten cobrar un impuesto de importación de más del 7 y 1/2 por ciento. Las mercaderías extranjeras invaden casi libremente los mercados chinos. La China no puede proteger su industria. No puede disponer de sus propias finanzas.

El ascendiente de Rusia sobre la China proviene de que los soviets la tratan diferentemente. Los soviets han proclamado, de una manera práctica, el derecho de la China a disponer de sí misma. La China, gracias a la revolución rusa, ha adquirido un aliado. La revolución ha hecho de Rusia el más válido sostén de las reivindicaciones chinas. El pueblo chino lo percibe claramente. Y las diversas facciones o gobiernos chinos, que representan ideas e intereses políticos diferentes, coinciden sin embargo en conceder una importancia sustantiva a sus relaciones con los soviets. El gobierno de Mukden lo mismo que el gobierno de Pekín se encuentran representados en Moscú. En cuanto al partido Kuo-Ming-Tang, que domina en la China del Sur, es bien sabido que simpatiza fervorosamente con la revolución rusa. Los comunistas chinos componen el ala izquierda del movimiento Kuo-Ming-Tang.

Las raíces de la agitación anti-imperialistas son totalmente chinas. No es esta la primera vez que el pueblo chino lucha por su independencia. Los métodos del imperialismo capitalista son más eficaces para empujarlo a la rebelión que las presuntas maniobras de la Tercera Internacional. El Occidente a este respecto tiene una vasta experiencia. No es posible, sin duda, que haya olvidado la explosión xenófoba que produjo el movimiento de los bóxers. El sentimiento chino no ha tenido, de entonces a hoy, ningún

motivo para tornarse favorable a las grandes potencias. Por el contrario, su anti-imperialismo ha aumentado. La China, en los años trascurridos después de la expedición punitiva del general Waldersee, ha adquirido una consciencia nueva. En sus capas populares ha prendido la idea de la revolución. Y para ahogar esta idea, el Occidente no puede contar ya con Rusia, como en los tiempos del zarismo. Rusia está ahora al lado del pueblo chino. Pero las reivindicaciones de la China revolucionaria no constituyen, por esto, una invención ni una maniobra de la Tercera Internacional. Los diversos imperialismos deben buscar los orígenes de la agitación china en su propia conducta.

En la conferencia de Washington estos varios imperialismos trataron de entenderse sobre la mejor manera de explotar en comandita la China. El Japón, aprovechando de la guerra, se había asegurado en la China una posición que los Estados Unidos, sobre todo, juzgaban desproporcionada. El imperialismo japonés fue obligado, en Washington, a renunciar a una parte de las concesiones que había arrancado a la China. Pero el tratado de Washington, proclamó el principio de la "puerta abierta". No consiguió delimitar la participación de cada imperialismo en la explotación de la China. En la China se contrastan y se oponen, por consiguiente, imperialismos rivales. El acuerdo permanente entre sus intereses es imposible. Esta es otra de las circunstancias que favorece el movimiento revolucionario y nacionalista chino.

Finalmente, el proletariado europeo, más sensible y más poderoso que en la época de los boxers, se mueve también contra el imperialismo. Se extiende, presentemente, en Europa, con el lema de "¡No toquéis a la China!", una organización destinada a crear una corriente de opinión contraria a todo ataque a la independencia del pueblo chino. La causa de la China, en suma, encuentra en la nueva consciencia moral del mundo, su mejor y más activa defensa.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 11 de Julio de 1925.

- PANAIT ISTRATI*

I

Durante la temporada de invierno de 1923-24, en la Costa Azul, Panait Istrati ejercía en Niza el oficio de fotógrafo ambulante. Los pingües burgueses y las adobadas poules* que lo miraron entonces, desde el mórbido interior de sus limousines,** en la Promenade des Anglais,**** no sospechaban que en este rumano vagabundo y anónimo maduraba a la sazón un escritor famoso. No les hagamos ningún reproche por esto. Es difícil, sobre todo para un burgués o para una poule de Niza, presentir en un fotógrafo de un paseo público a un hombre en trance de seducir y poseer a la fama. [* Pollas (Trad. lit.). Equivaldría a jóvenes mujeres / ** Coches cerrados / **** El Paseo de los Ingleses]

Meses después aparecía en la colección de prosadores contemporáneos, de F. Rieder y Cía. Editores, el primer libro de Panait Istrati: Kyra Kiralina. Y este primer volumen de Les recias d'Adrián Zograffi,* bastaba en poco tiempo para revelar, a París primero, a Europa después, un gran artista. Y no se trataba esta vez de un arte venéreo o, para estar más a la moda, homosexual. No se trataba esta vez de un arte incubado en el mundo penumbroso y ambiguo de Proust. Se trataba de un arte fuerte, nutrido de pasión, henchido de infinito, venido de Oriente, que hundía sus recias y ávidas raíces en otros estratos humanos. La figura del autor tenía, además, para unos un gran interés humano, para otros sólo un gran interés novelesco. Panait Istrati había estado a punto de morir sin publicar jamás una línea. Su vida, su destino, no le habían dado nunca tiempo para averiguar si en él se agitaba inexpresado, latente, un literato. Panait Istrati se había contentado siempre con saber y sentir que en él se agitaba, ansioso de liberación, sediendo de verdad, un hombre. Un día, hundido por la miseria, atormentado por su inquietud había intentado degollarse. Con el cuerpo del suicida agonizante la policía encontró una carta a Romain Rolland. Esta carta estaba destinada a descubrir, y a salvar en el vagabundo rumano, a un artista altísimo. Desesperado esfuerzo del deseo y del afán de creación que latía en el fondo del alma tormentosa del suicida, una vez cumplido no podía perderse. Tenía que hacer surgir en este hombre una nueva y vehemente voluntad de vivir. Panait Istrati quiso suicidarse. Pero el suicidio despertó en él fuerzas hasta entonces sofocadas. El suicidio fue su renacimiento. «Yo he sido pescado con caña en el océano social por el pescador de hombres de Villeneuve»,** escribe Panait Istrati, con un poco de humorismo trágico en el prefacio de Kyra Kyralina. [*Relatos de Adrian Zograffi / ** Referencia al pueblo en que vivía, por ese entonces, Romain Rolland]

Romain Rolland nos cuenta así la novela de Istrati:

«En los primeros días de enero de 1921 me fue transmitida una carta del Hospital de Niza. Había sido encontrada sobre el cuerpo de un desesperado que acababa de cortarse la garganta. Se tenía poca esperanza de que sobreviviese a su herida. Yo la leí y fui impresionado por el tumulto del genio. Un viento ardiente sobre la llanura. Era la confesión de un nuevo Gorki de los países balcánicos. Se acertó a salvarlo. Yo quise conocerlo. Una correspondencia se anudó. Nos hicimos amigos».

«Se llama Istrati. Nació en Braila, en 1884, de un contrabandista griego a quien no conoció nunca, y de una campesina rumana, una admirable mujer que le consagró su vida. Malgrado su afecto por ella, la dejó a los doce años, empujado por un demonio de vagabundaje o más bien por la necesidad devorante de conocer y de amar. Veinte años de vida errante, de extraordinarias aventuras, de trabajos extenuantes, de andanzas y de penas, quemado por el sol, calado por la lluvia, sin albergue, acosado por los guardias de noche, hambriento, enfermo, poseído de pasiones, presa de la miseria. Hace todos los oficios: mozo de bar, pastelero, cerrajero, mecánico, jornalero, cargador, pintor de carteles, periodista, fotógrafo. Se mezcla durante un tiempo a los movimientos revolucionarios. Recorre el Egipto, la Siria, Jaffa, Beyruth, Damasco y el Libano, el Oriente, Grecia, Italia, frecuentemente sin un centavo, escondiéndose una vez en un barco, donde se le descubre en el camino y de donde se le arroja a la costa en la primera escala. Vive despojado de todo, pero almacena un mundo de recuerdos y engaña muchas veces su alma leyendo vorazmente, sobre todo a los maestros rusos y a los escritores de Occidente...»

* * *

En esta vida de aventuras y de dolor, Panait Istrati ha acumulado los materiales de su literatura. Su literatura que no tiene la fatiga ni la laxitud, ni la elegancia de la literatura de moda. Su literatura que contrasta con la estilizada y exquisita neurastenia de la literatura de las urbes de Occidente. Panait Istrati no puede ser catalogado dentro de las escuelas modernas. Su arte es verdaderamente suprarrealista. Pero su suprarrealismo es de una calidad y de un espíritu diferentes a los de la escuela que acapara en nuestra época la representación de esta tendencia. El suprarrealismo de Istrati, como el de Grosz, está impregnado de caridad humana.

Romain Rolland dice que Istrati es un cuentista de Oriente, un cuentista nato. Esta observación define penetrantemente unos de los lados del arte de

Istrati. Los dos libros que Istrati ha publicado hasta ahora -Kyra Kyralina y Oncle Ánghel- pertenecen a una serie, Les recits d'Adrien Zograffi. Lo mismo que el tercero -Les Haiducs- que la revista Europe, de París, nos ha hecho pregonar en un magnífico fragmento. En estos libros se eslabonan, maravillosamente, orientalmente, las narraciones. El autor narra. El personaje narra. Una narración contiene y engendra otra. A los personajes de Istrati no se les ve vivir su vida; se les oye contarla. Y así están más presentes. Así son más vivientes. Pero este no es sino el procedimiento. La obra de Istrati tiene méritos más esenciales y sustantivos. Los tres cuentos de Kyra Kyralina componen una admirable, una vigorosa, una potente novela. Yo no conozco en la literatura novísima una obra tan noble, tan humana, tan fuerte como la de Istrati. Este hombre nos acerca a veces al misterio. Pero es entonces cuando nos acerca también a la realidad. No hay sombras, no hay fantasmas, no hay duendes, no hay silencios ni mutis teatrales en sus novelas. Hay un soplo de fatalidad y de tragedia que nace de la vida misma. El hombre, en estas novelas, cumple su destino. Pero su destino no tiene una trayectoria inexorable ordenada por los dioses. El hombre es responsable en parte de su vida. El tío Anghel sabe que expía su pecado. Sin embargo, más culpable, más poderosa es siempre la injusticia humana. Stavro, otro agonista del mundo de Istrati, luchó por salvarse. No encontró quien lo ayudara. Todos los hombres, todas las costumbres, todas las leyes, parecían complotarse sorda e implacablemente para perderlo. Istrati se rebela contra la justicia de los hombres. Y se rebela también contra la justicia de Dios. Su prosa tiene a veces acentos bíblicos. Uno de sus críticos ha dicho que Istrati ha escrito de nuevo el libro de Job. El tío Anghel, en verdad, sufre estoica-mente como el santo varón de la Biblia. Pero al contrario de Job, el tío Anghel es un rebelde. Y se pudre y se muere estoicamente, sin que Dios le devuelva, en la tierra, ni su ventura, ni su mujer, ni sus hijos, ni su hacienda.

 [* La primera parte fue inicialmente publicada en Variedades: Lima, 18 de Julio de 1925. Según advierte el propio autor, «Panait Istrati no era aún conocido en Hispano-América» y la semblanza que de él trazara fue inmediatamente reproducida en «varios periódicos» del continente. La segunda parte apareció, bajo el epígrafe de Les Haiducs, en Variedades: Lima, 6 de Noviembre de 1928. Y en Amauta: N° 3, pp. 41-42; Lima, Noviembre de 1926. La tercera parte fue publicada, con el título de Andanzas y aventuras de Panait Istrati, en Variedades: Lima, 18 de Agosto de 1928. Y la cuarta parte, titulada Tres libros de Panait Istrati sobre la U.R.S.S., apareció en Variedades: Lima, 12 de Marzo de 1930]

- EL TERROR EN BULGARIA*

Bulgaria es en los Balkanes el principal foco de la Revolución. Esto quiere decir, dentro de la lógica de la historia contemporánea, que, en los Balkanes, Bulgaria es también el principal centro de la Reacción. La lucha es ahí extrema entre estas dos ideas, entre estos dos movimientos. En Bulgaria la política no tiene sectores ni matices intermedios. Las palabras "compromiso", "transacción", "reforma", que conservan todavía en el Occidente una parte de su viejo prestigio, en Bulgaria carecen de sentido actual. Los partidos liberales y democráticos forman la base del régimen reaccionario de Zankov que representa, prácticamente, la antítesis del liberalismo y la democracia. La dictadura de Zankov puede dar lecciones de ferocidad reaccionaria al más truculento y ultraísta fascismo.

La historia de los dos últimos años de política búlgara es la historia de dos años de violencia y de terror. Zankov y su coalición se apoderaron del poder en 1923 mediante un golpe de fuerza. El jefe del gobierno derrocado, Stambulinsky, y muchos de sus partidarios, después de una encarnizada persecución, acabaron asesinados. Zankov y sus aliados inauguraron un régimen marcial. El gobierno de Stambulinsky, leader de los campesinos, reposaba sobre una extensa base popular. La Unión Agraria, o sea el partido de Stambulinsky, era la primera de las fuerzas políticas de Bulgaria. (La segunda, por su número y su potencia, era el partido comunista, contra el cual estaba también dirigido el golpe de Zankov). Los partidos que desalojaron del gobierno a la Unión Agraria constituían una minoría. Se apoyaban exclusivamente en la burguesía y en la pequeña burguesía urbanas, que en un país agrícola como Bulgaria, no podían dentro de un régimen constitucional y democrático prevalecer sobre la población campesina. Por consiguiente, para mantenerse en el poder tenían que recurrir a un método desembozadamente dictatorial. Y en las masas, agitadas revolucionariamente por la guerra, la represión y la violencia gubernativas, esta política debía fatalmente alimentar y exasperar un estado de ánimo insurreccional.

El régimen de Zankov encarnaba los intereses del capital industrial, comercial y financiero. Significaba una revancha y una victoria de la burguesía urbana sobre las masas campesinas, movilizadas por las consecuencias políticas y económicas de la guerra contra la tiranía de la ciudad: Estas masas no podían renunciar a sus reivindicaciones. La derrota sufrida no bastaba para obligarlas a desarmar. Momentáneamente se presentaban decapitadas. La reacción había asesinado a su leader. Pero el partido comunista, que reclutaba sus adeptos no sólo en el proletariado

urbano sino también entre los campesinos pobres, empezaba a darles un nuevo programa y un nuevo rumbo revolucionarios. El proselitismo proletario o semiproletario de la Unión Agraria empujó a esta agrupación al flanco del partido comunista. Se organizó así un vasto movimiento de masas.

En las últimas elecciones, preparadas por Zankov a través de una larga persecución del comunismo y de los campesinos, los dos partidos de masas consiguieron, sin embargo, reafirmar electoralmente su fuerza popular. La Reacción no pudo fabricarse un Narodno Sobranie (parlamento) dócil a su política. Los agrarios y los comunistas enviaron al Sobranie un numeroso grupo parlamentario.

La lucha recomenzó más agria que nunca en el terreno extra-parlamentario. El gobierno sintió la necesidad de una gran ofensiva fascista contra las masas, cada vez más saturadas de ideas revolucionarias. La represión policial no resultaba suficiente. Se organizó, como en Barcelona, una banda terrorista. Varios organizadores comunistas cayeron asesinados. A los actos de terror de un bando respondieron los actos de terror del otro bando. El régimen de Zankov provocó un estado de guerra civil. La legalidad quedó definitivamente suspendida. Llegó un instante en que la reacción aniquiló totalmente al grupo parlamentario comunista. Los diputados comunistas, que no habían sido asesinados, se encontraban encarcelados o exiliados.

En esta atmósfera de violencia se incubó el atentado de la Catedral de Sofía. Fue este atentado la explosión del rencor y del odio acumulados, en los focos más exaltados y extremistas, por los dos años de persecución sanguinaria. El gobierno de Zankov, por supuesto, no quiso reconocerlo así. Hizo responsables directos del terrible acto terrorista a los partidos agrarios y comunista. Encarceló a varios millares de ciudadanos. Y, sin proceso ninguno, fusiló a los más señalados por su actividad revolucionaria. Las bandas armadas de Zankov cazaban como a fieras en sus escondites a los agitadores comunistas y agrarios. El coronel Weedgwood, diputado británico, que visitó Sofía en los días de la represión, ha denunciado documentada y puntualmente a todas las conciencias honradas del mundo este período de terror fascista. A sus denuncias, que han conmovido profundamente la consciencia europea, el gobierno de Bulgaria no ha podido oponer sino débiles y capciosos desmentidos. Y, después de un proceso sumarísimo, ha hecho ahorcar espectacularmente, como en el más oscuro Medio Evo, en la plaza principal de Sofía, a varios acusados comunistas.

Estos métodos, estas escenas, serian incomprensibles en Europa

Occidental. El clima histórico es diferente. Los hombres tienen otra sensibilidad y otra educación. Pero en los Balkanes estos métodos y estas escenas se encuentran casi dentro de la tradición política. El Occidente salió hace tiempo de la Edad Media. Los Balkanes, no. En este turbulento rincón de Europa el espíritu y las costumbres del Oriente han persistido enraizadas en una economía feudal. En el lenguaje de la democracia occidental el término "política balcánica" ha sido equivalente del término "política sudamericana" en la época en que Sudamérica no era conocida sino por su desorden y su caudillismo. La violencia sudamericana no tuvo nunca la misma ferocidad que la violencia balcánica. Mas, en el fondo, trajo las mismas cosas.

En los Balkanes subsisten rezagos de feudalidad. La revolución, como en Rusia, se propone, en primer lugar, liquidar lo que resta ahí de política y de economía medioevales. Por eso en Bulgaria agrarios y comunistas se confunden en un mismo ejército, mientras la burguesía urbana asume, junto con la defensa de sus propios intereses, la de los intereses de la aristocracia latifundista.

Pero una política terrorista, por truculenta y extremada que sea, no puede resolver los problemas búlgaros. Tiene, por el contrario, que exasperarlos. El terror, en materia económica, no es nunca una solución.

* Publicado en Variedades, Lima, 25 de Julio de 1925.

- WILLIAM J. BRYAN*

Clasifiquemos a Mr. William Jennings Bryan entre los más ilustres representantes de la democracia y del puritanismo norteamericano. Digamos ante todo que representaba un capítulo concluido, una época tramontada de la historia de los Estados Unidos. Su carrera de orador ha terminado hace pocos días con su deceso repentino. Pero su carrera de político había terminado hace varios años. El período wilsoniano señaló la última esperanza y la póstuma ilusión de la escuela democrática en la cual militaba William J. Bryan. Ya entonces Bryan no pudo personificar la gastada doctrina democrática.

Bryan y su propaganda correspondieron a los tiempos, un poco lejanos, en que el capitalismo y el imperialismo norteamericanos adquirieron, junto con la conciencia de sus fines, el impulso de su actual potencia. El fenómeno capitalista norteamericano tenía su expresión económica en el desarrollo mastodóntico de los trusts y tenía su expresión política en el expansionismo panamericanista. Bryan quiso oponerse a que este fenómeno histórico se cumpliera en toda su integridad y en toda su injusticia. Pero Bryan no era un economista. No era casi tampoco un político. Su protesta contra la injusticia social y contra la injusticia internacional carecía de una base realista. Bryan era un idealista, de viejo estilo, extraviado en una inmensa usina materialista. Su resistencia a este materialismo no se apoyaba concretamente. Bryan ignoraba la economía. Condenaba el método de la clase dominante en el nombre de la ética que había heredado de sus ancestrales puritanos y del derecho que había aprendido en las universidades de la nueva Inglaterra.

Waldo Frank, en su libro *Nuestra América*, que recomiendo vivamente a la lectura de la nueva generación, define certeramente este aspecto de la personalidad de Bryan: Escribe Waldo Frank: "William Jennings Bryan, — que la América se empeña en satirizar—, denunció el imperialismo y presintió y deseó una justicia social, una calidad de vida que él no podía nombrar porque no la conocía absolutamente. Bryan era una voz que se perdió, hablando en 1896 como si Karl Marx no hubiera jamás existido, porque no había escuelas para enseñarle cómo dar a su sueño una consistencia y no había cerebros asaz maduros para recibir sus palabras y extraer de ellas la idea. Bryan no consiguió ser presidente; pero si lo hubiera conseguido no por esto habría fracasado menos, pues su palabra iba contra el movimiento de todo un mundo. La guerra española no hizo sino aguzar las ganas del águila americana y Roosevelt subió al poder portado sobre el huracán que Bryan se había esforzado por conjurar".

Este juicio de uno de los más agudos escritores contemporáneos de los Estados Unidos sitúa a Bryan en su verdadero plano. Será superfluo todo sentimental transporte de sus correligionarios anhelantes de hacer de Bryan algo más que un frustrado leader de la democracia yanqui. Será también vano todo rencoroso intento de sus adversarios de los trusts y de Wall Street por empequeñecer y ridiculizar a este predicador inocuo de mediocres utopías.

El caso Bryan podría ser la más interesante y objetiva de todas las lecciones de la historia contemporánea para los que, a despecho de la experiencia y de la realidad, suponen todavía en los principios y en las instituciones del régimen demo-liberado-burgués la aptitud y la posibilidad de rejuvenecer y reanimarse. Bryan no pudo ni quiso, ser un revolucionario. En el fondo adaptó siempre sus ideales a su psicología de burgués honesto protestante. Mientras en los Estados Unidos la lucha política se libró únicamente entre republicanos y demócratas. —o sea entre los intereses de los trusts y los ideales de la pequeña burguesía—, las masas afluyeron al partido de Bryan. Pero desde que en los Estados Unidos empezó a germinar el socialismo la sugestión de las oraciones democráticas de este pastor un poco demagogo perdió toda su primitiva fuerza. El proletariado norteamericano en gran número empezó a desertar de las filas de la democracia. El partido demócrata, a consecuencia de esta evolución del proletariado, dejó de jugar, con la misma intensidad que antes, el rol de partido enemigo de los trusts y de los barones de la industria y la finanza. Bryan cesó automáticamente de ser un conductor. Y a este desplazamiento interno el propio Bryan no pudo ser insensible. Todo su pasado se volatilizó poco a poco en la pesada y prosaica atmósfera del más potente capitalismo del mundo. Bryan pasó a ser un inofensivo ideólogo de la república de los trusts y de Pierpont Morgan. Su carrera política había terminado. Nada significaba el hecho de que continuase sonando su nombre en el elenco del partido demócrata.

Pero, liquidado el político, no se sintió también liquidado el puritano proselitista y trashumante. Y Bryan pasó de la propaganda política a la propaganda religiosa. Tramontados sus sueños sobre la política, su espíritu se refugió en las esperanzas de la religión. No le era posible renunciar a sus arraigadas aficiones de propagandista. Y como además su fe era militante y activa, Bryan no podía contentarse con las complacencias de un misticismo solitario o silencioso.

Su última batalla ha sido en defensa del dogma religioso. Este demócrata, este liberal de otros tiempos se había vuelto, con los años y los desencantos

un personaje de impotentes gustos inquisitoriales. Su denodada elocuencia ha estado, hasta el día de su muerte, al servicio de los enemigos de una teoría científica como la de la evolución que en sus largos años de existencia se ha revelado tan íntimamente connaturalizada con el espíritu del liberalismo. Bryan no quería que se enseñase en los Estados Unidos la teoría de la evolución. No hubiese comprendido que evolucionismo y liberalismo son en la historia dos fenómenos consanguíneos.

La culpa no es toda de Bryan. La historia parece querer que, en su decadencia, el liberalismo reniegue cada día una parte de su tradición y una parte de su ideario. Bryan además se presenta, en la historia de los Estados Unidos, como un hombre predestinado para moverse en sentido contrario a todas las avalanchas de su tiempo. Por esto la muerte lo ha sorprendido, contra los ideales imprecisos de su juventud, en el campo de la reacción. Es la suerte, injusta tal vez pero inexorable e histórica, de todos los demócratas de su escuela y de todos los idealistas de su estirpe.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 31 de Julio de 1925.

- EL IMPERIALISMO Y MARRUECOS*

El Rif libra en estos días una batalla decisiva. España y Francia, rivales durante mucho tiempo en Marruecos, combinan presentemente sus fuerzas para sofocar la revolución de la independencia rifeña. La civilización Occidental se siente amenazada por Abd-el-Krim. Es por lo menos, lo que afirma en sus nerviosos artículos uno de los más conspicuos abogados y conductores de la reacción en Europa, Mr. Raimond Poincaré. Y en este lenguaje coinciden casi los hombres de la reacción y los hombres de la democracia. Painlevé, honesto demócrata, piensa que Francia tiene la misión histórica de civilizar Marruecos.

Las democracias occidentales, desde este punto de vista, no han representado un progreso respecto de los antiguos imperios. Europa, después de su revolución burguesa, se ha sentido más o menos liberal en su propia casa. Pero no se ha sentido absolutamente liberal en casa ajena. Los derechos del hombre y del ciudadano, los "inmortales principios" de la revolución y de la democracia, no le han parecido buenos y válidos sino dentro del mundo Occidental. Durante el último siglo, que fue precisamente el del desarrollo de la democracia y de sus órganos característicos —sufragio universal y régimen parlamentario— Europa se repartió el dominio de Asia y de África con la misma falta de escrúpulos con que realizaba sus conquistas la Roma de los Césares. En otras épocas, el imperialismo cumplía sus anexiones y sus invasiones en el nombre del Emperador o de la Iglesia; en nuestra época democrática y capitalista, las cumple en el nombre de la Civilización. El lema ha cambiado. Pero el hecho sustancial sigue siendo el mismo.

La táctica de la conquista también se ha modificado en muchos casos. Inglaterra, por ejemplo, ha usado una praxis flexible. Puesto que a la civilización capitalista no le importa que los indígenas de sus colonias muden de creencias religiosas, deja que los pueblos conquistados conserven su religión y sus ritos. Tolera igualmente que, en lo que no se opone a los derechos del Imperio, guarden sus instituciones y sus gustos políticos. Los ingleses no necesitan en este tiempo como los españoles en el de la conquista de América obligar a los indígenas de sus colonias adoptar sus ideas y su confesión religiosa. El dominio del espíritu los tiene, más o menos, sin cuidado. Lo que les interesa es el dominio de la materia.

Esta ha sido también la política colonial de Francia. Francia ha desembarcado sus soldados en África y en Asia para que sus banqueros y sus comerciantes ensancharan el radio de sus negocios. El aspecto bélico de

la empresa era muy secundario. Lyautey, verbigracia, ha sido encomiado en Francia no como un gran guerrero, sino más bien como un buen administrador. La función de Lyautey en Marruecos consistía, mucho más que en aumentar la gloria militar y política de Francia, en asegurarles un sólido mercado a su finanza y a su comercio. Por consiguiente, solía usar con los marroquíes el lenguaje de un general de la Tercera República. Rodeaba al Sultán y a su corte, sabiéndolos perfectamente domesticados, de toda clase de honores inocuos y de cortesías diplomáticas. La apertura de un camino era un objetivo más importante para su administración que el trucidamiento de un rebelde.

España había intentado ensayar análogo sistema. Pero en sus colonizadores persistía el instinto de la inquisición. Los soldados y los funcionarios españoles representaban en Marruecos un capitalismo. Pero preferían comportarse como si representasen exclusivamente a los Reyes de España. Por esto, España no pudo instalarse tranquilamente en Marruecos a la manera de Francia. Ahd-el-Krim, en un reciente reportaje de un periodista italiano, cuenta cómo los rifeños fueron empujados, poco a poco, a la insurrección, por la propia política española. Su padre, Caid de Tafersit —recuerda Abd-el-Krim— comprendió desde que Francia tomó posesión de Marruecos, que el Rif no podía dejar de entrar en la orbita de la civilización europea. "Los cambios comerciales —agrega el jefe rifeño— fueron intensificados, las manifestaciones de simpatía no escasearon, y todo hizo suponer la pacífica venida de los españoles en tierra hospitalaria. Pero los herederos de los "conquistadores" proclamaron de improviso aquel programa de "desmusulmanización" que fue el capítulo principal del programa de Isabel la Católica". Esta política engendró la rebelión. El hijo de un Cid pacífico se convirtió en el general y el caudillo de una gran epopeya guerrera.

Las consecuencias políticas de la guerra reforzaron, sin duda, el movimiento nacionalista del Rif. Provocaron ese extenso fenómeno de resurrección de los pueblos orientales que actualmente socava las raíces de la potencia occidental. El Rif no se sintió más solo en la lucha por su independencia. La revolución rifeña cesó de ser un hecho aislado para convertirse en un episodio y en un sector de la revolución mundial. Y Francia, que hasta entonces había considerado a Abd-el-Krim únicamente como un enemigo de España, empezó a mirarlo como un adversario del occidente capitalista.

Esta es la génesis del acuerdo Franco-español. Francia y España se entienden, después de haberse querellado largamente en Marruecos, porque reconocen en Abd-el-Krim un peligro común. Francia, bajo el gobierno del

bloque nacional, dirigía su política hacia la posesión del Rif. Pensaba que España, decepcionada por sus malandanzas militares en Marruecos, se resignaría fácilmente a cederle la empresa de someter a Abd-el-Krim. El gobierno del cartel de izquierdas rectificó en parte esta política, pero no pudo ni quiso renunciar a sus consecuencias. Francia, bajo el gobierno de Herriot, se aprestó a la campaña contra Abd-el-Krim. Y ahora Francia y España, si no se ponen de acuerdo definitivamente respecto a la última meta de su imperialismo en Marruecos, reconocen por lo menos la necesidad de moverse combinada y mancomunadamente contra los rifeños.

El Rif ha sido, en este caso, el que ha atacado. Pero Abd-el-Krim, como él muy bien lo explica, se ha encontrado en la necesidad de tomar la ofensiva. Derrotado Primo de Rivera, el adversario militar de la independencia del Rif era Lyautey. Abd-el-Krim lo sabía perfectamente. No le quedaba por consiguiente más remedio que lanzar contra Lyautey sus legiones antes de que los preparativos franceses estuviesen más avanzados. Los documentos publicados últimamente en París revelan que, desde el año pasado, Lyautey organizaba la campaña contra el Rif.

Francia y España pretenden imponer al Rif una paz imperialista. Abd-el-Krim y sus legiones se sienten fuertes para combatir hasta el fin. Y, sobre todo, como más arriba observo, no se sienten solos. En la propia Francia una parte de la opinión sostiene el derecho del Rif a decidir de sus destinos. Painlevé y Briand han tenido que declarar en la cámara francesa que Francia no tiene intenciones de conquista. La nueva generación hispano-americana saluda en la empresa de Abd-el-Krim la repetición de la empresa de San Martín y de Bolívar. Y se da cuenta de que en Marruecos está en juego algo más que la simple independencia rifeña. Abd-el-Krim representa, en esa contienda, la causa humana.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 11 de Agosto de 1925.

- OLIVERIO GIRONDO*

Este Oliverio sudamericano y humorista no se parece al hamletiano y melancólico Oliverio amigo de Juan Cristóbal. No es probable que, como el agonista de la noche de Romain Rolland, le toque morir en un primero de mayo luctuoso.

Girondo es un poeta de recia figura gaucha. La urbe occidental ha afinado sus cinco o más sentidos; pero no los ha aflojado o corrompido. Después de emborracharse con todos los opios de Occidente, Girondo no ha variado en su sustancia. Europa le ha inoculado los bacilos de su escepticismo y de su relativismo. Pero Girondo ha vuelto intacto e indemne a la pampa.

Esta gaya barbarie, que la civilización occidental no ha logrado domesticar, diferencia su arte del que, en ánforas disparatadas, símiles a las suyas, se envasa y se consume en las urbes de Occidente. En la poesía de Girondo el bordado es europeo, es urbano, es cosmopolita. Pero la trama es gaucha.

La literatura europea de vanguardia —aunque esto disguste a Guillermo de Torre— representa la flora ambigua de un mundo en decadencia. No la llamaremos literatura "fin de siglo" para no coincidir con Eugenio d'Ors. Más sí le llamaremos literatura "fin de época". En las escuelas ultramodernas se descompone, se anarquiza y se disuelve el arte viejo en exasperadas búsquedas y trágico-cómicas acrobacias. No son todavía un orto; son, más bien, un tramonto. Los celajes crepusculares de esta hora preanuncian sin duda algunos matices de arte nuevo, pero no su espíritu. El humor de la literatura contemporánea es mórbido. Girondo lo sabe y lo siente. Yo suscribo sin vacilar su juicio sobre Proust: «Las frases, las ideas de Proust, se desarrollan y se enroscan, como anguilas que nadan en piscinas de acuarios; a veces deformadas por un efecto de refracción, otras anudadas en acomplamientos viscosos, siempre envueltas en esa atmósfera que tan sólo se encuentra en los acuarios y en las obras de Proust».

El oficio de las escuelas de vanguardia -de estas escuelas que nacen como los hongos- es un oficio negativo y disolvente. Tienen la función de disociar y de destruir todas las ideas y todos los sentimientos del arte burgués. En vez de buscar a Dios, buscan el átomo. No nos conducen a la unidad; nos extravían por mil rutas diversas, desesperadamente individuales, en el dédalo finito y befardo. Sus ácidos corroen los mitos ancianos. Esto es lo que la función de las escuelas ultramodernas tiene de revolucionario. El frenesí con que se burlan de todas las solemnes alegorías retóricas. Ninguna cosa del mundo burgués les parece respetable. Detractan

y disgregan con sutiles burlas la eternidad burguesa y el absoluto burgués. Limpian la superficie del Novecientos de todas las heces, clásicas o románticas, de los siglos muertos. Cuando se haya llevado Judas todos los ripios y todas las metáforas de la literatura burguesa, el arte y el mundo recuperarán su inocencia.

Han empezado ya a recuperarla en Rusia. El poeta de la revolución, Vladimiro Maiacovski, vástago del futurismo, habla a los hombres un lenguaje trágico. Guillermo de Torre se da cuenta en su apología de las literaturas europeas de vanguardia de que "voces de un acento puro, noble y dramático sobresalen entre el coro de voces algo irónico y humorístico que forman los demás poetas de Europa".

¿Pertenece la voz de Oliverio Gironde a este coro? No sé por qué me obstino en la convicción de que Gironde es de otro paño. Pienso que la burla no es sino una estación de su itinerario, un episodio de su romance. Por ahora, hace bien en no tomar en serio las cosas.

Sus Veinte poemas para ser leídos en el tranvía y sus Calcomanías pueden ser desdeñados por una crítica asmática y pedante. A pesar de esta crítica. Girando es uno de los valores más interesantes de la poesía de Hispanoamérica. Entre una aria sentimental del viejo parnaso y una "greguería" acérrima y estridente, Oliverio Gironde nos ofrece al menos versiones verídicas de la realidad. He aquí una escena de la procesión de Sevilla: «Los caballos -la boca enjabonada cual si se fueran a afeitar- tienen las ancas lustrosas, que las mujeres aprovechan para arreglarse la mantilla y averiguar, sin darse vuelta, quien unta una mirada en sus caderas».

Para algunos esta poesía tiene el grave defecto de no ser poesía. Pero ésta no es sino una cuestión de paladar. La poesía, materia preciosa, no está presente en el cuarzo poético sino en muy mínimas proporciones. Lo que ha mudado no es la poesía sino la cristalización. El elemento poético se mezcla, en la obra de los poetas contemporáneos, a ingredientes nuevos. Uno de esos ingredientes es, por ejemplo, el humorismo. Los que están habituados a degustar la poesía sólo en las clásicas salsas retóricas, no pueden digerirla en los poemas de Gironde. Y tienen que asombrarse de que la crítica moderna clasifique a Gironde como un hondo y genuino poeta. Remitamos a los hesitantes a los "nocturnos" de Gironde, donde encontrarán emociones poéticas como las siguientes: «Hora en que los muebles viejos aprovechan para sacarse las mentiras, y en que las cañerías tienen gritos estrangulados, como si se asfixiaran dentro de las paredes». «A veces se piensa, al dar vuelta a la llave de la electricidad, en el espanto que sentirán las sombras, y quisiéramos avisarles para que tuvieran tiempo

de acurrucarse en los rincones. Y a veces las cruces de los postes telefónicos, sobre las azoteas, tienen algo de siniestro y uno quisiera rozarse a las paredes, como un gato o como un ladrón».

Por mi parte, cambio de buen grado estas síntesis, estos comprimidos -que en mis ratos de excursión por las nuevas pistas de la literatura, me complazco en chupar como bombones- por toda la barroca y tropical épica y toda la mediocre y delicuescente lírica que prosperan todavía en nuestra América.

* Publicado en **Variedades**: Lima, 15 de Agosto de 1925.

- LA ESCENA YUGOESLAVA*

A medida que se complican los tiempos post-bélicos, resulta más y más evidente que la Paz de Wilson, Lloyd George y Clemenceau, no ha resuelto ni aún en teoría el problema de las nacionalidades; pero que lo ha planteado en la práctica.

La Paz no ha sabido crear un sólo Estado nuevo que pueda ser reconocido como una nacionalidad homogénea y orgánica. No sólo porque se ha inspirado en los intereses políticos de las potencias vencedoras, sino también porque es en sí muy difícil demarcar -de suerte que coincidan absolutamente- los confines geográficos, sentimentales y étnicos de una nacionalidad. Y, cuando estos confines han sido aproximadamente encontrados, queda por averiguar si la nacionalidad constituye o no, al mismo tiempo, un organismo económico. El sentimiento nacional de un pueblo es a veces su pasado, en tanto que su realidad económica es en todos los casos su presente. Hungría convivía de mala gana con Austria dentro del imperio austro-húngaro. Disuelto este imperio, Hungría no es más feliz ni más libre que antes. A los húngaros les hacen tanta falta las manufacturas de la industria austriaca o checa como a los austriacos los productos del suelo magiar. Esto aparte de que el yugo extranjero de un emperador austriaco no era en Hungría más duro que el yugo vernáculo de un regente nacionalista.

Yugoeslavia es una de las creaciones de la paz. Como Minerva nació armada de la testa de Jupiter, el Estado yugoeslavo salió listo de la testa, un poco menos mitológica del Presidente Wilson. Antes de la paz no existía sino el Estado servio. Un Estado balcánico con una población de tres millones de servios y una superficie territorial de 48,000 kilómetros cuadrados. Sobre la base de este Estado servio, la Conferencia de la Paz formó el Estado yugoeslavo con doce millones de habitantes y 248,000 kilómetros cuadrados.

Presidió la rápida concepción de este Estado el propósito de fusionar con el pueblo servio a pueblos del mismo origen, incorporados hasta entonces en el disuelto imperio austro-húngaro, que reivindicaban su derecho a disponer de sí mismo. Servios, croatas y eslovenos, aunque hablaban distintos dialectos, eran de la misma raza. Se pensó, por ende, que nada podía convenirles mejor que unirse y soldarse en un solo Estado. Y, por diversas razones, se anexó al nuevo Estado una parte de Hungría y el reino de Montenegro. (Las minorías alógenas componen dentro de la combinación servio-croata-eslovena el 16 por ciento de la población).

Pero en el organismo del nuevo Estado, la hegemonía de servia fue, naturalmente, favorecida. Las potencias aliadas tenían que pagar su deuda de gratitud a la monarquía de los Karageorgevich. La Conferencia de la Paz no se preocupó del sentimiento seguramente anti-dinástico y republicano de la mayoría croata-eslovena. Olvidó, por otra parte, que los croatas y los eslovenos se sentían culturalmente superiores a los servios. La convivencia con Austria los había diferenciado. En el pueblo servio veían un pueblo balcánico, más oriental que occidental.

El idilio tripartito no duró, pues, mucho tiempo. La burguesía servia acaparó para si todo el poder, provocando vivo descontento entre los croatas y los eslovenos. Se produjo una aguda agitación anti-servia. El partido comunista, que trabajaba por dar a las reivindicaciones populares un sentido revolucionario, encontró gran favor entre las masas. En las elecciones de noviembre de 1920, el comunismo recogió 210,000 votos en el país y ganó 59 asientos en el parlamento.

Pasitch, viejo **leader** de la política servia, reprimió estos fermentos revolucionarios dictatorial y violentamente. El movimiento comunista quedó temporalmente quebrantado. Pero esto no bastaba. Los campesinos croatas reclamaban una reforma agraria que el gobierno no era capaz de actuar. El **leader** del partido campesino, Stephan Raditch, que bajo el gobierno imperial de los Hapsburgos había visto prohibir la circulación de sus libros de sociología y política, pensaba que la libertad y el bienestar de su pueblo no habían ganado gran cosa bajo la monarquía servia de Karageorgevich. Y asumía, empujado por el impulso de las masas, una actitud cada vez más revolucionaria.

Raditch tuvo varios gestos de acercamiento a la revolución social. Visitó la Rusia de los soviets. Se adhirió a la política de la Internacional Campesina. El escándalo fue enorme en la clase conservadora yugoeslava. El gobierno democrático de Davidvich, que durante algún tiempo reemplazó al ministerio reaccionario de Pasitch, desapareció barrido por una nueva ola de la Reacción. Pasitch volvió al poder. Y, a su lado, como ministro del Interior, llamó a Prebicevich, reputado como un feroz enemigo de los croatas.

Mientras tanto, la campaña de Raditch arreciaba. Raditch amenazaba atrevida-mente con la revolución. Propugnaba la proclamación de una república campesina croata. La represión de esta campaña, conducida por Pasitch, no ahorró, por tanto, violencias ni intemperancias. Raditch y su estado mayor fueron encarcelados.

La persecución aumentó su prestigio popular. En las elecciones de febrero último, el partido campesino de Raditch, no perdió sino dos puestos en el parlamento. Raditch y sus tenientes, sin embargo, continuaban en la cárcel. ¿Qué iba a pasar? No se veía la posibilidad de una solución legal de la situación. Condenar a Raditch por complot contra el Estado o traición a la patria, era la meta lógica de la política gubernamental.

Mas, de ambos lados, debe haberse operado un brusco cambio de humor. Los dos encarnizados adversarios, en vez de librar la batalla prevista, han acabado por tenderse la mano. Durante los últimos meses de la prisión de Raditch, se había negociado un entendimiento. En virtud de este acuerdo, Raditch y sus amigos han sido puestos en libertad incondicional. Han cesado automática-mente de ser reos de conspiración contra la seguridad del Estado. Previcevich ha salido del ministerio. El gobierno ha sido reorganizado bajo la presidencia de Pasitch, pero con la participación de cuatro miembros del partido de Raditch.

Los que no se fían de las apariencias de la política balkánica, cuya tradición de perfidias y de engaños es notoria, dudan mucho de la buena fe reciproca de este abrazo. Pero estas presunciones nada agregan ni quitan a la situación en sí. El hecho presente, tangible, positivo, es que Raditch ha capitulado. Su programa resulta sacrificado en el compromiso.

Ahora lo que importa averiguar es si los campesinos croatas capitularán también. El programa de Raditch no estaba hecho de abstracciones de caudillo. Estaba hecho de reivindicaciones concretas de la masa campesina. A los campesinos les tocará, pues, decir la última palabra.

Parece que el sentido de la rendición de Raditch es éste: las varias burguesías yugoeslavas avanzan en el camino de una inteligencia. Los elementos de la nación yugoeslava se sueldan, arriba y abajo. La lucha deja de ser lucha de regionalismo para convertirse netamente en lucha de clases.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 29 de Agosto de 1925.

- LA ESCENA RUMANA*

Los libros del genial vagabundo Panait Istrati nos han revelado a Rumania. Nos han asomado a la llanura áspera por donde, mitad caballeros, mitad bandidos, galopan o vivaquean los haldues. Nos han comunicado con el alma de un pueblo más oriental que europeo, permeado de sentimientos y de aromas asiáticos. Pero la imagen de Rumania que las novelas o los relatos de Istrati nos ofrecen es la imagen de la vieja Rumania. De la vieja Rumania, medioeval, agraria, abrupta, que la crisis bélica ha sacudido, mudado y turbado, profundamente.

Rumania es uno de los países de Europa en los cuales la guerra ha abatido la feudalidad. En Rumania, la guerra ha inaugurado una era liberal burguesa. Para decidir a las masas a la lucha contra Alemania, la burguesía rumana les prometió dos cosas: el reparto de tierras y el sufragio universal. El sufragio universal no les importaba mucho a los campesinos. Pero el reparto de tierras sí. Por la posesión de la tierra, los campesinos rumanos habían insurgido muchas veces.

La victoria aliada planteó, en términos perentorios, la cuestión. La revolución rusa estimuló y robusteció la reivindicación campesina. En el territorio de la Besarabia, asignado por el tratado de paz a Rumania, los campesinos se apoderaron de hecho de las tierras. Sopló en Rumania un viento revolucionario. Y asumió el poder un gabinete, presidido por el general Averescu, apoyado en la masa agraria y en la pequeña burguesía.

Modificaron así la estructura y la organización políticas de Rumania, en los primeros años post-bélicos, la reforma agraria y la reforma constitucional, que en toda la historia de Occidente aparecen como una consecuencia natural de la economía capitalista. La aristocracia rumana que, como todas las aristocracias, tenía en la propiedad de la tierra la raíz de su poder, sufrió un golpe mortal con la ley de fraccionamiento de los latifundios. La burguesía urbana, usufructuaria del sufragio universal, la desalojó de sus posiciones tradicionales en la política de Rumania.

Esta transformación política no fue el único fenómeno que acercó a Rumania al Occidente. Otro fenómeno de no menor trascendencia en la occidentalización de Rumania trajo en su seno la paz. Rumania, en virtud del tratado de paz, vio duplicada su población y duplicado su territorio. Los hacedores de la paz le donaron la Besarabia, la Bukovina, la Transilvania, el Banat y otros territorios. Dentro de los nuevos confines de Rumania dejaron encerradas numerosas y homogéneas minorías nacionales. (Dos

millones de húngaros. Quinientos mil austriacos. Trescientos mil rutenos. Ciento setenta mil búlgaros. Setenta mil rusos).

Los intereses internacionales de Rumania experimentaron un vasto desplazamiento a consecuencia de estas anexiones. Rumania tuvo necesidad de celebrar pactos y acuerdos que la precavieran, sobre todo, contra cualquier reivindicación rusa y húngara. La Entente empleó a Rumania para ahogar la revolución húngara. Y, luego, la mantuvo apercebida para el combate contra Rusia. La solidaridad de intereses internacionales de Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania anudó entre estas naciones un acuerdo que, posteriormente, aumentó los vínculos de Rumania con el Occidente.

Por otra parte, la anexión de la Bukovina y la anexión de Siebengürgen incorporaron en Rumania, que hasta la guerra constituyó un país agrícola, regiones industriales que injertaron en la nueva composición del Estado las ideas y los impulsos peculiares al industrialismo. Esto es, los factores y los productos más característicos de la civilización occidental.

La consolidación de la Grande Rumania, como se llama el Estado rumano nacido de la conferencia de la paz, representa otro de los problemas de la paz. Rumania no ha tenido más fortuna que Yugoslavia ni que Checoslovaquia. No ha logrado todavía asimilarse a las poblaciones alógenas. Los húngaros, los austriacos y los rusos que el tratado de paz ha colocado dentro de Rumania, no conviven de buen grado con los rumanos. Rusia reivindica sus derechos sobre Besarabia. Y reclama un plebiscito que Rumania se niega obstinadamente a afrontar.

El orden interno no es tampoco sólido. Y se encuentra también bajo la influencia del problema de las minorías nacionales. El gobierno de la nueva Rumania necesita, por ejemplo, tomar en cuenta las corrientes de opinión, más o menos impregnadas de socialismo, de las regiones industriales anexadas. Y se ha hallado forzado a legalizar la expropiación de las tierras efectuada en Besarabia por los campesinos al influjo de la revolución rusa. Cualquier resistencia del gobierno rumano a sancionar esta expropiación habría excitado en la población de la Besarabia el sentimiento anti-rumano.

La reforma agraria se ha cumplido menos radicalmente en el resto de Rumania. Pero el latifundismo ha quedado, de todos modos, herido de muerte. El primer lote de tierras repartidas entre los campesinos pobres ha sido de doscientas mil hectáreas. Estas tierras pertenecían al Estado, a la corona y a los grandes propietarios. La indemnización pagada a sus dueños ha sido muy pequeña. Se ha calculado el valor de la propiedad agraria

según su rédito en los años de 1914 a 1916. Mas, a consecuencia de la desvalorización de la moneda rumana, el monto de cada indemnización ha experimentado una serie de evaporaciones. El Estado abonó, además, las indemnizaciones en títulos de deuda pública que hace pocos meses eran cotizados al 42 por ciento de su valor nominal.

Los propietarios, de los fundos expropiados han conservado para sí una parte de su propiedad, fluctuante entre cien y quinientas hectáreas. Quinientas hectáreas es en Rumania, como en Checoeslovaquia, en virtud de la reforma agraria, el máximo de tierras que un agricultor tiene derecho a poseer.

No gobiernan desde hace años en Rumania los representantes de las masas campesinas. El general Averescu no duró en el poder sino los dos primeros años de la post-guerra. Le faltó energía creadora. Le faltó dirección ideológica. Perdió en poco tiempo la fuerza popular que lo elevó al gobierno en 1918. Los elementos liberales y democráticos, encabezados por Juan y Vintila Bratiano y Take Jonesku, respectivamente, y apoyados en la burguesía industrial y urbana, maniobraron diestramente hasta torpedear en las elecciones al Partido Popular acaudillado por Averescu.

Desde entonces el poder está en manos de los hermanos Bratiano. Un régimen dictatorial y burocrático, que ornamenta su política con frases democráticas y votos parlamentarios, rige los destinos del Estado rumano. Averescu es el leader de la oposición campesina pequeño-burguesa. Esta oposición acusa al gobierno liberal de haberse comportado en la cuestión agraria con un criterio de partido. Los terratenientes liberales han sido especialmente indemnizados o amparados contra las expropiaciones. La reforma agraria, después del primer impulso, se ha empantanado.

Pero nada de esto disminuye sustancialmente el interés de la escena rumana. Se ha realizado ahí una de las más extensas transformaciones de la propiedad agraria operadas en la Europa central y oriental. Rumania no ha encontrado aún su equilibrio definitivo. Mas ha dejado de ser para siempre la feudal y vieja Rumania prebélica de los inmensos latifundios y de los barones omnipotentes.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de Setiembre de 1925.

- RENE VIVIANI*

El elenco de los abogados elocuentes y de los retores ilustres de la democracia ha sufrido una nueva baja. En julio, perdió a James J. Bruce. Ahora ha perdido a René Viviani. Estos dos hombres eran de análogo cuño y de parecida filiación, dentro de sus disímiles pueblos. Como Bruce, Viviani nació bajo la estrella de la Democracia. Como Bryce, después de un período de audacia ideológica, se convirtió en un quieto funcionario de la burguesía.

A Viviani, político de los tiempos prebélicos, impregnado de su humanitarismo y de su pacifismo abstractos y confusos, le habría gustado seguramente pasar a la historia como un ministro de la paz. Su destino ha preferido con-signar su nombre a la posteridad como el de un ministro de la guerra. Viviani, teóricamente, representaba en el poder, en 1914, la mentalidad y la ideología de una democracia pacifista. Pero, prácticamente, obedecía al impulso y a los intereses de una burguesía imperialista.

Procedía, como Millerand y como Briand, de las filas del socialismo. Mas su adhesión al socialismo se explicaba perfectamente en una época en que, de un lado, el sentimiento democrático y el sentimiento socialista se diferenciaban aún muy poco y en que, de otro lado, la lucha contra los elementos conserva-dores y reaccionarios dominantes entonces en la Tercera República confundía y extraviaba a muchos demócratas en el campo mal demarcado todavía de la política proletaria. Viviani militó, antes de la fusión de las distintas tendencias socialistas francesas, en el grupo de los socialistas "independientes" (del cual formaba también parte Jaurés). Pero desde que, a consecuencia del affaire Dreyfuss, las izquierdas burguesas conquistaron el gobierno e inauguraron la etapa radical y frac-masona de la Tercera República, resultó inevitable la reabsorción de éste y otros independientes" por la burguesía y el capitalismo. La primera defección fue la de Millerand; la segunda fue la de Briand; la tercera, la de Viviani. Ni el sitio de Millerand, ni el de Briand, ni el de Viviani. estaban en el partido de la revolución; estaban en el partido de la democracia y del liberalismo. La burguesía y la pequeña burguesía francesas, amenazadas por la reacción aristocrática, necesitaban los servicios de estos abogados y parlamentarios verbosos para combatir, en el nombre de una democracia más o menos teñida de filo-socialismo y anticlericalismo, el resurgimiento de los residuos del ancien régime emboscados en la tradición católica de Francia. En pago de sus servicios, la burguesía francesa estaba dispuesta a hacer de Millerand, de Briand y de Viviani los premiers o los presidentes de la Tercera República.

La elevación de estos disidentes del socialismo a los más altos puestos de la política demo-burguesa no se presenta, en la historia de la Tercera República, como una cosa casual. Jorge Sorel, uno de los pensadores que más aguda y hondamente ha estudiado este período dreyfussiano de la república francesa, constataba las abdicaciones de la clase burguesa ante el avance socialista, al mismo tiempo que el gradual domesticamiento del socialismo parlamentario por las concesiones y blandezas de la burguesía. El filósofo de las Reflexiones sobre la Violencia sentía la necesidad de que ambas clases volvieran a su combatividad y a su beligerancia. Y pensaba que de otro modo no cumplirían real e intensa-mente su misión histórica. Natural y lógico en una burguesía que de esta manera se comportaba fue, sin duda, el entregarse a parlamentarios de origen socialista y aún demagógico. En sus propios rangos, los estadistas y los conductores escaseaban. ¿Qué otra razón puede haber hecho sus jefes, durante un período que comienza con la victoria del dreyfussismo y que todavía no acaba, a ex-socialistas como Millerand, Briand, Viviani, y ex-combatientes de la Comuna como Clemenceau?

La figura de Viviani tiene menos relieve que la de sus compañeros de equipo. Viviani pertenecía totalmente a la política pre-bélica. No era capaz de llegar al reaccionarismo de Millerand. No tenía el empaque necesario para renegar completamente la democracia como había renegado el socialismo. Dentro del ambiente de la post-guerra le costaba mucho trabajo moverse. Toda su retórica estaba hecha a base de las grandes palabras de la democracia: Paz, Libertad, Parlamento, etc. En las izquierdas burguesas, los leaders eran otros. En las derechas, tocadas de locura fascista, su oratoria no servía para nada. Los servicios de Viviani no podían ya ser utilizados sino para alguna misión diplomática en Washington o en Ginebra, en la cual encontrase una aplicación su desocupada elocuencia. O para una enfática respuesta a las inocuas memorias del ex-kaiser de Alemania.

Viviani, premier de Francia en 1914, era por antonomasia el abogado de su país en el proceso de las responsabilidades de la guerra mundial. (La historia había querido que este hombre pacífico, y en el fondo pacifista, sin ímpetus guerreros ni sueños marciales, fuese en Francia el premier de la guerra). Mientras el mundo permaneció bajo la influencia de la predicación y la documentación aliadas, no le costó mucho trabajo a Viviani defender resonante y victoriosamente la causa de la Entente. Pero desde que la divulgación de los documentos secretos de los archivos rusos y la investigación de los hombres de estudio imparciales y honestos proyectaron sobre la cuestión de las responsabilidades una luz nueva, la opinión del

mundo, malgrado el eco sonoro de los discursos y los escritos de Viviani, empezó a modificarse radicalmente. Esta debe ser una de las penas que han enfermado y han matado al ex-premier.

No podía Viviani aceptar jamás el descrédito de la tesis que, durante tanto tiempo, había permitido a Francia declararse inocente de toda responsabilidad en el origen de la contienda y considerarse, por ende, defensora y asertora de los fueros del Derecho y de la Justicia internacionales. Por esta tesis y para esta tesis, se había hecho en Francia la unión sagrada. Por esta tesis y para esta tesis, el pueblo francés había combatido heroicamente hasta la victoria.

El viejo orador de la democracia francesa y de la Tercera República debe haber sufrido mucho con la lectura de las memorias de George Louis, embajador de Francia en Rusia antes de la guerra, y del libro de Fabre Luce *La Victoire* y de otros documentos recientes que señalan a Poincaré, presidente de Francia en 1914, entre los responsables de la conflagración. No tanto porque estos documentos hayan socavado su convicción, ni porque le hayan revelado cosas esencialmente nuevas, sino porque, en presencia de su publicidad, tiene que haber sentido la imposibilidad de seguir conmoviendo a la opinión mundial con sus dramáticas protestas de abogado y de testigo respecto de la absoluta inocencia de Francia.

Viviani, seguramente, no ambiciono nunca ser un protagonista de una guerra mundial. Su carne, su gesto y su redingote de parlamentario y de retor no escondían ni disfrazaban a un César embrionario ni a un Napoleón larvado. En el sentimiento o en el pensamiento de este hombre, el heroísmo no tenía sin duda tanta importancia ni tanta categoría como la elocuencia.

Tal vez ambicionó ser un protagonista de la paz mundial en una máxima jornada oratoria del Tribunal de La Haya. Y en los últimos años de su vida no debe haberle quedado siquiera la ilusión de haber sido realmente el actor de una guerra cruenta, pero de la que, al menos, la posteridad pudiese decir, en alguna forma, que fue una guerra pacifista.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 12 de Septiembre de 1925

- BLAISE CENDRARS*

En el equipo de los "internacionales", Blaise Cendrars es uno de los que más me interesa. Blaise Cendrars no es un vagabundo del género de Paul Morand. En la composición de los libros de Cendrars no entra ningún ingrediente mórbido. Cendrars no se empeña nunca en demostrarnos que viaja en vagón-cama. En Cendrars no se respiran aromas afrodisíacos. En sus libros no hay languidez, no hay laxitud. Cendrars es sano, violentamente sano, alegremente sano. (Oliverio Girondo no dejaría de anotar este dato, en una semblanza de Cendrars: reacción Wasserman negativa*).[* Es una reacción sanguínea descubierta por Wasserman para descubrir la sífilis]

Y, al mismo tiempo, Cendrars es simple. Entra en las ciudades sin ceremonia. Se comporta siempre como un pillete, como un gavroche* que viaja por el placer, dulce y ácido a la vez, de viajar. Unos viajan para hacerse operar un riñón. Otros para curarse en Vichy los cálculos o en Karlsbad la dispepsia. Otros para vender su alma al diablo o a Morgan en la bolsa de Nueva York. Otros para trocar su algodón Tangüis por unos trajes ingleses, un automóvil Fiat, unas fichas de Monte Carlo, etc. Cendrars viaja por viajar. Tiene siempre, en el vagón-restaurant de un expreso, o en el puente de un transatlántico, el ademán despreocupado del flaneur.** Miradlo arribar a Sao Paulo:

«Enfin on entre en gare
 Saint-Paul
 Je crois être en gare de Nice
 Ou débarquer a Charing-Cross á Londres
 Je trouve tous mes amis
 Bonjour
 C'est moi»***

No es posible dudarle. Es Blaise Cendrars que llega a Sao Paulo. No puede ser otro que Blaise Cendrars. Lo reconocen, desde que pisa el umbral de una ciudad, todos los que no lo han conocido nunca. No es improbable que algún día lo veamos desembarcar así en la chaza de fleteros del Callao. Traerá, como siempre, un equipaje muy sumario. (Blaise Cendrars nos ha descrito una vez su equipaje. Sabemos por él mismo que su maleta pesa 57 kilos). Y se marchará de Lima sin despedirse burlando una recepción del Ateneo y un reportaje de El Comercio. Y, finalmente, Blaise Cendrars no nos defraudará como Julio Camba. Nos contará en un libro maravilloso, volumen tercero o cuarto de sus Feuilles de route,**** su visita a Lima, al Cuzco y a Chanchamayo. [*Gavroche es un pillete parisino creado por Víctor Hugo en Los Miserables/ ** Vagabundo/**En fin se entra en la estación de San Pablo. Yo creo estar en la estación de Niza, o desembarcar en Charing-Cross de Londres. Yo encuentro a todos mis amigos. Buenos días. Soy yo. (Traducción literal)/****Hojas de ruta. (Trad. lit.)].

* * *

Lo que más me encanta en la literatura de Cendrars es su buena salud. Los libros de Cendrars respiran por todos sus poros. Cendrars representa una gaya y joven bohemia que reacciona contra la bohemia sucia y vieja del siglo diecinueve. Y, en una época de decadentismos bizarros, de libídines turbias y de apetitos ambiguos y cansados, Cendrars es un caso de salud cabal. Es un hombre intacto e indemne. Es un poeta claro y fuerte sin artificios juglarescos y sin neurosis perversas:

Escuchadlos:

«Le monde entier est toujours là
La vie pleine de choses surprenantes
Je sors de la pharmacie
Je descends juste de la bascule
Je pese mes 80 kilos
Je t'aime».*

La poesía de Cendrars no tiene puntos ni comas. La prosa es más ortográfica.

Blaise Cendrars ha publicado los siguiente libros: La légende de Novgorod (1909), Séquences (1913), La Guerre au Luxembourg (1916), Profond aujourd'hui (1917), Anthologie negre (1919), La fin du Monde (1919), Dix-neuf poemes élastiques (1919), Du Monde entier (1919), J'ai tué (1919), Feuilles de route (1924), Kodak (1924) y L'Or (1925).**

Tiene Cendrars en preparación, entre otros libros, una Antología Azteca, Inca, Maya.[* El mundo entero está ahí siempre. La vida llena de cosas sorprendentes. Salgo de la farmacia. Desciendo de la báscula. Peso mis ochenta kilos. Te amo/** La Leyenda de Novgorod. Secuencias. La guerra en Luxemburgo. Hoy profundo. Antología negra. El fin del Mundo. Diecinueve poemas elásticos. Del mundo entero. Yo he matado. Hojas de ruta. Kodak. El Oro]

Cendrars nos cuenta en El Oro la maravillosa historia de Johan August Suter. La historia de Suter es el reverso de la historia del oro de California.

En 1834, Johan August Suter, suizo-alemán, hijo de un fabricante de papel de Basilea, deja su patria, su mujer y sus hijos, arruinado y deshonrado por una quiebra. A pie cruza la frontera y llega a París. En el camino desvalija a dos compañeros de viaje; en París estafa con una letra de crédito falsa a un cliente de su padre. Luego, en El Havre se embarca para Nueva York.

Cendrars, explicándonos el Nueva York de 1834, nos dice en una sola página de prosa rápida, sumaria, precisa, escueta, una íntegra fase de la formación de los Estados Unidos:

«El puerto de Nueva York.

«Es ahí donde desembarcan todos los náufragos del Viejo Mundo. Los náufragos, los desgraciados, los descontentos, los hombres libres, los insumisos. Aquéllos que han tenido reveses de fortuna; aquéllos que han arriesgado todo sobre una sola carta; aquéllos a quienes una pasión romántica ha trastornado. Los primeros socialistas alemanes, los primeros místicos rusos. Los ideólogos que las policías de Europa persiguen; los que la reacción arroja. Los pequeños artesanos, primeras víctimas de la gran industria en formación. Los falansterianos* franceses, los carbonarios,** los últimos discípulos de Saint Martín, el filósofo desconocido, y de los escoceses. Espíritus generosos, cabezas cascadas. Bandidos de Calabria, patriotas helenos. Los campesinos de Irlanda y de Escandinavia. Individuos y pueblos víctimas de las guerras napoleónicas y sacrificados por los Congresos Diplomáticos. Los carlistas, los polacos, los partidarios de Hungría. Los iluminados de todas las revoluciones de 1830 y los últimos liberales que abandonan su patria para unirse a la gran República, obreros, soldados, comerciantes, banqueros de todos los países; hasta sudamericanos, cómplices de Bolívar. Desde la Revolución Francesa, desde la Declaración de la Independencia, en pleno crecimiento, en pleno desarrollo, no ha visto jamás Nueva York sus muelles tan continuamente invadidos. Los inmigrantes desembarcan día y noche y en cada barco, en cada cargamento humano, hay por lo menos un representante de la fuerte raza de los aventureros» [* Partidarios de la doctrina social de Fourier que asocia voluntariamente a los individuos para vivir en comunidades llamadas falanges/ ** Agitadores revolucionarios italianos que deseaban la Italia unida y laica, en el siglo XIX, y luchaban contra el absolutismo]

Suter pertenece a esta raza. Cendrars nos relata así su entrada en Nueva York: «Johan Auguste Suter desembarca el 7 de julio, en martes. Ha hecho un voto. Salta a tierra, atropella a los soldados de la milicia, abraza de una mirada el inmenso horizonte marítimo, descorcha y vacía una botella de vino del Rhin, lanza la botella vacía entre la tripulación negra de un velero. Después rompe a reír y entra corriendo en la gran ciudad desconocida, como alguien que tiene prisa y a quien se espera».

Nueva York no retiene por mucho tiempo a Suter. Suter se siente atraído por el Oeste. Parte de nuevo hacia lo desconocido. En Honolulu forma la Suter's Pacific Trade Co. Tiene un plan vasto. Con mano de obra canaca explotará las tierras de California. No las conoce aún; pero sabe que va a tomar posesión de ellas. Sus socios de Honolulu lo abastecerán de indígenas de las Islas. El plan se cumple puntual y magníficamente. Suter se instala con sus canacos en California. Funda una descomunal colonia agrícola: la Nueva Helvecia. Sus posesiones, sus riquezas crecen prodigiosamente. El pionner* suizo deviene uno de los hombres más ricos

de la tierra. Pero una catástrofe sobreviene: el descubrimiento del oro. Un obrero de Suter encuentra en los dominios de Suter las primeras pepitas. La noticia se expande. Empieza el éxodo hacia las minas de oro. Suter ve partir a sus empleados, a sus obreros. La colonia se disgrega. Invaden el país los buscadores de oro. En diez años, San Francisco se convierte en una de las más grandes urbes del mundo. Los inmigrantes se reparten las tierras de Suter. Se instalan en sus posesiones. El gran pionner se cruza de brazos. Podría luchar: pero, desdeñosamente, prefiere no participar en esta batalla de lavadores de oro y de destiladores de alcohol, en la cual se mezclan aventureros y bandidos de las más torpes y sucias especies. El oro lo ha arruinado. Suter se retira, decepcionado, a uno de sus dominios. Mas la voluntad de trabajo y de potencia renace pronto en él. Sus viñas, sus huertas, sus establos, sus eras, etc., vuelven a darle una fortuna. San Francisco tiene buen apetito. Y Suter le vende caros los frutos de sus alquerías. Pero no está contento. No olvida el golpe; no perdona al oro. Y el demonio le aconseja la más absurda aventura. Suter presenta a los tribunales una demanda por daños y perjuicios. Reivindica la propiedad del suelo sobre el cual se ha edificado San Francisco, Sacramento, Riovista y otras ciudades, reclamando doscientos millones de dólares de indemnización por el despojo. Enjuicia a 17,221 particulares que se han establecido abusivamente en sus plantaciones. Reclama veinticinco millones de dólares del Estado de California, por haberse apropiado de sus rutas, canales, puentes, esclusas y molinos; y cincuenta millones de dólares del gobierno de Washington, por no haber sabido mantener el orden en la época del descubrimiento del oro. Y sostiene su derecho a una parte del oro extraído desde el principio de la explotación. El fantástico proceso consume todas las utilidades de Suter. Suter tiene a su servicio un ejército de abogados, de peritos y de escribanos. Los Municipios y los particulares enjuiciados tienen a su servicio otro ejército. «Es un nuevo rush,** una mina inesperada, y todo el mundo quiere vivir del Pleito Suter». San Francisco odia al pionner testarudo y amenazador. Y, cuando el honesto y puritano juez Thompson falla a favor de Suter, la ciudad se amotina. Las plantaciones, los establos, los molinos, las fábricas de Suter son devastados, arrasados, incendiados. Suter esta vez pierde todo. Mas ni aun este golpe lo decide a renunciar a su proceso. Lo continúa en Washington. En Washington envejece y enloquece. Y muere en las gradas del Palacio del Congreso, aguardando y reclamando, obstinadamente, justicia. [*Descubridor o explorador / **Acometida/]

Tal la maravillosa historia de Johan August Suter. Su argumento parece una gran paradoja. Pero, en verdad, Cendrars ha escrito, al mismo tiempo que una novela de aventuras, una sátira sobre el destino maldito del oro. El oro del Rhin y el oro de California se equivalen. Cendrars no lo dice: pero

lo dice su novela. Lo dice la maravillosa historia de Johan August Suter, arruinado por el descubrimiento de las minas de California.

La técnica de *El Oro* es, más bien que la de una novela, la de un film. Cendrars nos ofrece la historia de Suter en setenta y cuatro cuadros cinematográficos. Ningún cuadro sobra. Ningún cuadro aburre. Ningún cuadro es pálido o confuso. El lector se olvida, poco a poco, de que tiene en las manos un libro. En vez de las letras y de las palabras, dispuestas en rasgos, empieza a ver las figuras y el paisaje. El paisaje que, en Blaise Cendrars, es sólo un decorado esquemático.

* Publicado en **Varietades**: Lima, 26 de setiembre de 1925. Empezaba con el siguiente párrafo, suprimido por el autor, por su carácter circunstancial: «El nacionalismo de **L'Action Française** tiene razón de malhumorarse. Malgrado la influencia de Charles Maurras y de Maurice Barrés, la moderna literatura francesa no es nacionalista. Sus mayores representantes son un tanto **deracinés**.** Los escritores más cotizados pertenecen al que Pierre Mac Orlan llama el equipo de los "internacionales": Max Jacob, Paul Morand, Blaise Cendrars, Jules Romains, André Salmón, Pierre Hamp, Jean Richard Bloch, Valery Larbaud, etc. La escuela clásica francesa no está desierta. Tiene también sus personeros: Paul Valery, Lucien Fabre, etc. Pero el internacio-nalismo se infiltra en los mismos rangos de **L'Action Française**. Pierre Benoit se desplaza demasiado para no contaminarse de emociones extranjeras. Sus novelas lo llevan por rutas y climas exóticos. Henri de Montherlant, nacionalista y católico, ha descubierto España y las corridas de toros. Los caminos de la literatura deportiva no conducen, además, a Orleans sino, más bien, a Nueva York. Charles Maurras y Henry Massis, ¿cómo podrían no desolarse? El morbo del cosmopolitismo infecta a los jóvenes. Un medio profiláctico podía ser la supresión de la Compañía de los Grandes Expresos Europeos. Pero Maurras es un hombre demasiado serio para proponerlo. Su método, de otro lado, es mucho más radical. "Puesto que se trata de un mal político, existe un remedio político: aristocracia, monarquía. El día en que Francia haya encontrado de nuevo su centro, un rey, una corte, centro de la vida social, habrá muchas cosas cambiadas, hasta en la gramática y en el diccionario. Con un rey, con una corte, Maurras sería ya académico y, si no sobre los franceses, ejercería su dictadura sobre el diccionario y la gramática».

- LA ESCENA POLACA*

Una de las reivindicaciones del programa wilsoniano que despertaron más universales simpatías, fue la reivindicación del derecho de Polonia a reconstituirse como nación libre. Durante más de un siglo, la historia del asesinato de la república y la nación polacas —consumado en 1792 por tres imperios, Alemania, Austria y Rusia, que representaban y encarnaban en esa época, a los ojos de toda la Europa liberal, el espíritu y el régimen de la Edad Media— había sido el capítulo doloroso de la edad moderna sobre el cual había llorado sus más exaltadas lágrimas el sentimentalismo de la democracia. Las figuras románticas de los patriotas polacos, emigrados a América y a Europa occidental, interesaban y apasionaban a todos los espíritus liberales. El renacimiento, la reconstrucción de la heroica Polonia revolucionaria constituía uno de los ideales del mundo moderno. Estimulaba esta simpatía la admiración al élan revolucionario de los leaders y agitadores polacos, prontamente ganados a la ideología socialista. La social-democracia alemana contaba entre sus más nobles combatientes a dos polacos: Rosa de Luxemburgo y León Joguisches. Pero a la popularidad polaca le ha tocado, después, una suerte paradójica. Restaurada Polonia por el Tratado de Versalles, su nombre ha dejado casi inmediatamente de representar un lema de la libertad y de la revolución. Polonia se ha convertido en una de las ciudadelas de la política reaccionaria. La causa de este cambio no es de responsabilidad de los polacos.

Depende casi exclusivamente de los intereses y las ambiciones de las potencias vencedoras. El pueblo polaco no tiene, en verdad, la culpa de que en Versalles se haya asignado a Polonia territorios y poblaciones no polacas.

Nitti refleja en un capítulo de su libro *La Decadencia de Europa* el sentimiento de los demócratas occidentales respecto de la Polonia creada en Versalles: "Surgía —escribe— una Polonia, no ya cual Wilson la había proclamado y cual todos la querían, una Polonia con elementos seguramente polacos, sino con vastos sectores de poblaciones alemanas y rusas y en la que los elementos polacos representan apenas poco más de la mitad. Esta nueva Polonia —que con sus tendencias imperiales se prepara a si misma y a sus poblaciones renacidas un terrible destino, si no repara a tiempo estos errores— tiene una función absurda, la de separar duramente Alemania y Rusia, esto es los dos pueblos más numerosos y más expansivos de Europa continental, y la de ser un agente militar de Francia contra Alemania".

Contra Alemania y contra Rusia, realmente, ha inventado Francia esta Polonia desmesurada y excesiva que encierra dentro de sus artificiales confines densas minorías extranjeras destinadas a representar, en esta Europa post-bélica, el mismo rol de minorías oprimidas e irredentas representado tan heroica y románticamente por los polacos antes de su liberación y su resurgimiento. En 1920, espoleada por su aliada y madrina Francia, turbada por la propia emoción de su victorioso renacimiento, Polonia acometió una empresa guerrera. Atacó a Rusia con el doble objeto de infligir un golpe a los soviets y de ensanchar más aún su territorio. Parece evidente que Pilsuski acariciaba un amplio plan imperialista: la federación de los estados bálticos y algunos estados que forman parte de la unión rusa, bajo la tutela y el dominio de Polonia. Rusia, derrotada, habría quedado así más alejada y separada que nunca de Occidente. Polonia, engrandecida, militarizada, habría pasado a ocupar un puesto entre las grandes potencias.

Estos ambiciosos designios no tuvieron fortuna. Polonia estuvo a punto de sufrir una tremenda derrota. El ejército rojo, después de rechazar a los polacos, avanzó hasta las puertas de Varsovia. Francia hubo de acudir solícitamente en auxilio de su aliada. Una misión militar francesa asumió la dirección de las operaciones. Varsovia fue salvada. Los rusos, que se habían alejado temerariamente de sus bases de aprovisionamiento, fueron expulsados del territorio polaco. Pero Polonia no pudo llevar más allá la aventura. Entre Polonia y Rusia se pactó la paz en condiciones que restablecían el statu-quo anterior al conflicto.

Después, las relaciones polaco-rusas han sufrido varias crisis, pero uno y otro país se han preocupado de mejorarlas. El cable nos ha comunicado hace pocos días que Tchicherin había sido recibido cordialmente en Varsovia. Polonia necesita vivir en paz con Rusia. El rol militar que la política de Francia quiere hacerle jugar es el que menos conviene a sus intereses económico. "Polonia —ha dicho Trotsky— puede ser, entre Rusia y Alemania, un puente o una barrera. De su elección dependerá la actitud de los soviets a su respecto". El tratado de Versalles, y, más que el tratado, la política del capitalismo cocí-dental y en particular del imperialismo francés, no quieren que Polonia sea, entre Rusia y Alemania, un puente sino una barrera. Pero este propósito, esta exigencia, contrarían y tuercen el natural destino histórico de la nación polaca. Y engendran un peligro para su porvenir. "Quienes han amado la causa de Polonia y han visto resurgir la nación polaca —dice Nitti— ven con angustia que la Polonia actual no puede durar, que debe necesariamente caer cuando Alemania y Rusia restablecidas reivindiquen sus derechos históricos".

Ni la política ni la economía polacas aconsejan ni consienten al gobierno de Polonia proyectos imperialistas y aventuras bélicas. El estado de la hacienda pública polaca revela un profundo desequilibrio económico. En 1919 y 1920 las entradas cubrieron apenas el diez por ciento de los egresos fiscales. En 1922 la situación se presentaba relativamente mejorada. Pero el déficit ascendía siempre más o menos a la mitad del presupuesto. El Estado polaco recurre, para satisfacer sus necesidades, a la emisión fiduciaria o a los empréstitos en el extranjero. Falta de crédito comercial, Polonia no puede obtener sino empréstitos políticos. Y estos empréstitos políticos significan la hipoteca a Francia de su soberanía y su independencia. Polonia se mueve dentro de un círculo sin salida. Su desequilibrio económico proviene en gran parte de los gastos militares y del oficio internacional a que la obligan sus compromisos con el capitalismo extranjero. Y para resolver los problemas de su crisis no tiene otro recurso que los empréstitos destinados a agravar y ratificar más aún esos compromisos.

Polonia es un país en el cual el conflicto entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, reviste por otra parte un carácter agudo. El gobierno de Pilsudski necesita apoyarse en los elementos agrarios. Su base social-democrática es demasiado exigua para asegurarle el dominio del país y del parlamento. En 1918 el antiguo partido socialista polaco, se escisionó como los demás partidos socialistas europeos. El ala izquierda constituyó un partido comunista. El ala derecha siguió a Pilsudski. En consecuencia, la República polaca no cuenta con un arraigo sólido en la población industrial. El proletariado urbano, en gran parte, manifiesta un humor revolucionario, que el orientamiento reaccionario del régimen se encarga cada vez más de exasperar. El gobierno de Pilsudski inspira su política en los intereses de los grupos agrarios nacionalistas y anti-semitas. Los tributos oprimen sobre todo a las ciudades con el fin de abrumar a los judíos, que en toda Europa se caracterizan como elementos urbanos, al mismo tiempo que de contentar y favorecer los intereses rurales.

La tragedia post-bélica se siente, más hondamente que en las naciones occidentales, en estas nuevas o renovadas naciones de Europa Central. Ahí el desequilibrio, lógicamente, es mucho mayor. Los rumbos de la política interna y externa son menos propios, menos autónomos, menos nacionales. Todas estas naciones han adquirido territorios y poblaciones ajenas a un alto precio: el de su libertad.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 17 de octubre de 1925.

- POLÍTICA Y ECONOMÍA EN FRANCIA*

El voto del último congreso radical-socialista de Niza revalida, contra las esperanzas y los augurios de la derecha, la alianza entre los dos mayores partidos de izquierda de Francia. La guerra de Marruecos y la política financiera de Caillaux han sometido a una dura prueba, en los últimos meses, la solidez del bloque de izquierdas. El partido socialista conducido por sagaces y dúctiles estrategias, ha tenido que hacer un esfuerzo enorme para no retirar su apoyo al ministerio Painlevé, constreñido a actuar una política opuesta al programa y al espíritu socialistas, así en la cuestión de Marruecos como en los problemas de la hacienda pública. Este esfuerzo no ha sido, sin embargo bastante para ahorrar al partido socialista el trance de votar en el parlamento contra el gobierno del bloque de izquierdas. Se ha dado así el caso de que Painlevé y sus ministros resulten sostenidos en el parlamento por los votos de los partidos de la derecha, contra los del socialismo y aún contra uno que otro del partido radical-socialista.

Este incidente pareció señalar la liquidación del bloque de izquierdas. Se planteaba una grave cuestión. ¿Cuál era la política del gabinete Painlevé? Por el momento, Painlevé aparecía, inequívocamente, desarrollando, más o menos atenuada, la misma política del bloque nacional. Pero, contra esta política, se había organizado el cartel de izquierdas. Contra esta política, sobre todo, había ganado el cartel la mayoría de los sufragios en las elecciones de mayo. La conducta de Painlevé, en el poder, significaba prácticamente la quiebra y el desahucio del programa por el cual habían votado el 11 de mayo los electores socialistas y radicales-socialistas.

Para esclarecer esta cuestión, se han reunido, primero, los socialistas en Marsella y, luego, los radicales-socialistas en Niza. El debate fue áspero y ácido en el congreso socialista. Una numerosa minoría se declaró vehementemente adversa al sostenimiento del régimen. León Blum logró agrupar una mayoría como siempre abrumadora en torno de su fórmula ecléctica. Pero, de toda suerte, el voto del congreso, en esta misma fórmula, reclamaba el mantenimiento de las promesas hechas a los electores en las elecciones de mayo.

El partido radical-socialista no ha tenido más remedio que reafirmar también, en su congreso, los principios del cartel. De estos principios, los que más interesan a las masas son los relativos a la solución de la crisis financiera. Y entre éstos, particularmente, el del impuesto o del cupo al capital. El bloque de izquierdas queda, de este modo, ratificado y convalidado. Painlevé, disciplinadamente, no puede ni debe hacer otra cosa

que la voluntad de su partido que es también la voluntad del cartel o sea la de su mayoría parlamentaria.

Pero la cuestión en sí misma es muy compleja. No la resuelven realmente los votos de los congresos socialista y radical-socialista. La complica, de un lado, la posición de Caillaux tenazmente opuesto al cupo al capital. Caillaux es el financista máximo de su partido. Su designación como ministro de finanzas en un momento en que su amnistía moral no era aún completa, se ha fundado, precisamente, en la razón de su capacidad técnica. Se decía, antes de este nombramiento, que las finanzas francesas necesitaban un Necker. Y el optimismo de los diputados radicales-socialistas se mostraba persuadido de que la Francia actual tenía un Necker y que este Necker no era otro que Caillaux. Por consiguiente, la discrepancia entre el ministro de finanzas y los dos grupos sustantivos del bloque de izquierdas reviste una importancia señalada y única. No se trata de un ministro de finanzas corriente a quien, sin ningún sacrificio, se puede licenciar y reemplazar. Se trata de un ministro de finanzas que, por su pasado y por su presente, como administrador de la hacienda francesa, tiene una extraordinaria autoridad personal. Llamado al ministerio casi como un taumaturgo, Caillaux no puede ser despedido y sustituido fácilmente. Su partido y el cartel saben que Caillaux goza de la confianza de la banca y, en general, de la mayor parte de los capitalistas franceses. Los socialistas y los radicales-socialistas no componen, por otra parte, la totalidad del cartel. El cartel está integrado por los grupos parlamentarios de Briand y de Loucheur. Esta gente es también contraria al impuesto al capital, como a todas las orientaciones demasiado radicales de la izquierda. Y si, numéricamente, este sector del parlamento no tiene mucha significación, los intereses que representa otorgan a su actitud y a su veto una influencia nada negligible. No en balde Briand es uno de los más astutos y sagaces parlamentarios y Loucheur uno de los más poderosos capataces de la industria y la finanza de Francia. Su defección reforzaría considerablemente a las derechas.

Los radicales-socialistas no pueden haber considerado insuficientemente ninguna de estas circunstancias. Para que se hayan decidido, en su asamblea de Niza, por la ratificación del programa de mayo, en el punto más cálida-mente propugnado por los socialistas, tienen que haber sentido, de un modo demasiado vivo, que su política, a menos que se resigne a ser la misma del bloque nacional, necesita ser una política apoyada en la fuerza parlamentaria del socialismo. La ruptura y la caída del cartel, no perjudicaría a ningún grupo tanto como al radical-socialista. Dentro de una coalición totalmente burguesa, los radicales-socialistas se verían obligados a aceptar un sitio secundario. El jefe del gobierno no sería, por ningún

motivo, ninguno de sus hombres. En el más favorable de los casos sería un Briand. Abdicando su programa, renunciando su papel en la política francesa, el partido radical-socialista resultaría prácticamente absorbido por el campo conservador. Los radicales-socialistas han experimentado ya una situación análoga. La "unión sagrada" de la guerra se hizo a sus expensas. Las derechas se beneficiaron de la atmósfera de la guerra y del armisticio. El partido radical-socialista fue impotente para salvar a Caillaux y a Malvy de una condena injusta. Sólo desde que se resolvió a distinguirse y separarse del bloque nacional, declarándolo una necesidad de la guerra, empezó a recuperar sus antiguas posiciones. Su programa no es una consecuencia de su resurgimiento. Su resurgimiento es, más bien, una consecuencia de su programa.

De análisis en análisis, se arriba a los intereses, más que a los sentimientos, que el partido radical-socialista representa. Se arriba, mejor dicho, al estrato, a la capa social que dio en mayo del año pasado sus sufragios a los candidatos radicales. Esa capa social es la pequeña burguesía. El partido radical-socialista recluta sus electores en la pequeña burguesía, en la clase media, en un estrato social, cuyos intereses económicos se diferencian de los intereses de los gruesos industriales, de los ricos latifundistas, etc. Y que, por consiguiente, no aborda ni contempla las cuestiones de la economía francesa desde los mismos puntos de vista. En esta capa social, el partido radical-socialista y el partido socialista son concurrentes; y, — aunque a primera vista no parezca lógico—, justamente por esta competición, en el parlamento, son aliados. Si el partido radical-socialista abandonara su programa de mayo, una gran parte de sus electores dejaría sus filas para engrosar las del partido socialista.

Así, lo primero que, una vez más, descubren las palabras y las posturas del radicalismo, es la subordinación de la política a la economía. Existe una ideología reformista, existe un programa centrista, porque existe una capa social intermedia, con intereses e impulsos distintos tanto de los de la burguesía conservadora como de los del proletariado revolucionario. El partido radical-socialista es el órgano de esta clase. Y su fuerza depende de la adhesión que las ideas de la reforma y del compromiso, hondamente arraigadas en la pequeña burguesía, encuentran en el partido socialista francés (S.F.D.O.), esto es en una gran parte del proletariado, conducido y dominado por intelectuales pequeño-burgueses.

¿Quiénes pagarán las deudas, quiénes saldarán los déficits acumulados de la hacienda francesa? En esta pregunta se condensa toda la cuestión económica y, por ende, toda la cuestión política de Francia. Los programas de los partidos no traducen sino las diversas respuestas de las clases a esta

pregunta. Pero esclarecidos y simplificados así los términos de la cuestión, una nueva interrogación emerge de su examen. ¿Es posible, es practicable, efectivamente, dentro de sus propios lineamientos, una política típicamente centrista? La experiencia del ministerio Painlevé es un resultado negativo. Painlevé y sus ministros, en el gobierno, han acabado por hallarse de acuerdo con las derechas y en desacuerdo consigo mismos o, al menos, con sus electores. Y han ofrecido el espectáculo de un ministerio reformista sostenido, en un momento dado, por una coalición conservadora.

Es posible que los haya satisfecho o consolado la certidumbre de que sus adversarios ofrecían, a su vez, el espectáculo de una coalición conservadora sosteniendo un ministerio reformista.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 24 de Octubre de 1925.

- LA PAZ EN LOCARNO Y LA GUERRA EN LOS BALKANES*

Se explica perfectamente el enfado del Consejo de la Sociedad de las Naciones contra Grecia y Bulgaria, responsables de haber perturbado la paz europea al día siguiente de la suscripción en Locarno de un pacto internacional destinado a asegurarla al menos provisoriamente. Signado el pacto de Locarno, la Sociedad de las Naciones tenía en verdad derecho a sentirse arrullada durante algunos meses por los brindis y los salmos pacifistas de sus retores y de sus diplomáticos. La historia del protocolo de Ginebra, verbigracia, fue así. El protocolo, anunciado al mundo con entonación no menos exultante y jubilosa que el pacto, inspiró larga y pródigamente la oratoria pacifista. El gobierno conservador de Inglaterra declaró muy pronto su deceso, concediéndole cortés e irónicamente un funeral de primera clase. Pero, de toda suerte, el protocolo de Ginebra pareció inaugurar la era de la paz de un modo mucho más solemne que el pacto de Locarno.

En Locarno las potencias se han propuesto arribar a una meta más modesta. El pacto, según su letra y su espíritu, no establece las condiciones de la paz sino, solamente, las de una tregua. Se limita a prevenir, teóricamente, el peligro de una agresión militar. Pero deja intactas y vivas todas las cuestiones que pueden encender la chispa de la guerra. Como estaba previsto, Alemania se ha negado a ratificar en Locarno todas las estipulaciones de la paz de Versailles. Ha proclamado su necesidad y su obligación de reclamar, en debido tiempo, la corrección de sus absurdas fronteras orientales. Alemania, Checoslovaquia y Polonia han convenido en no agredirse marcialmente por ningún motivo. Han acordado buscar una solución pacífica a los problemas que puedan amenazar sus buenas relaciones. Mas este acuerdo no tiene suficientes fianzas y garantías. Tácita y hasta explícitamente la convivencia internacional reposa desde hace mucho tiempo en el mismo principio, sobre cuyo valor práctico la experiencia de la guerra mundial no consiente ilusionarse demasiado. Lo que importa no es absolutamente el principio que puede seguir triunfando indefinidamente en Locarno, en Ginebra, en La Haya y en todas las aras de la paz. Lo que importe es la posibilidad o la capacidad de Europa para aplicarlo y obedecerlo.

Nadie supone que el pacifismo de las potencias europeas sea una pura y total hipocresía. Europa ha menester de descansar de sus fatigas y de sus dolores bélicos. La civilización capitalista busca un equilibrio. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, piensan en este momento en atacarse. La reorganización de la economía y de la finanza europeas exige un poco de

paz y de desarme. El pacifismo de la Sociedad de las Naciones borda sus frases sobre una gruesa malla de intereses. No se trata para los gobiernos europeos de abstractos y lejanos ideales sino de concretas y perentorias necesidades. En la misma dirección se mueven los Estados Unidos, cuyos banqueros pugnan por imponer a toda Europa un plan Dawes. Y, finalmente, con los pacifistas circunstanciales de la banca y de los gobiernos, colaboran entusiastas los pacifistas sinceros de la socialdemocracia, de quienes se ha apoderado la ilusión de que el camino de Locarno y de Ginebra puede ser, realmente, el camino de la paz. Estos últimos son los que abastecen de sus máximos tribunos y de sus supremos hierofantes —Paul Boncour, Albert Thomas, León Jouhaux, etc— a las asambleas y a las oficinas de la Sociedad de las Naciones.

Pero no basta que los gobiernos europeos quieran la paz. Es necesario ante todo, averiguar cómo la quieren, cuál es el precio a que, cada uno, está dispuesto a pagarla. Cuánto tiempo coincidirá su pacifismo con su interés. Planteada así la cuestión, se advierte toda su complejidad. Se comprende que existen muchas razones para creer que el Occidente europeo desea la paz; pero que existen muy pocas razones para creer que pueda realizarla.

Los gobiernos que han suscrito el documento de Locarno no saben todavía si este documento va a ser ratificado por todos los países contratantes. Apenas concluida la conferencia de Locarno, se ha producido una crisis de gobierno en Francia y en Alemania. En Alemania esta crisis es una consecuencia directa del pacto. En Francia, no. Pero en Francia, como en Alemania, se habla de una probable disolución del Parlamento. Las mayorías parlamentarias alemana y francesa no son bastante compactas y sólidas. La defección o el disenso de un grupo puede desquiciarlas. Y, por consiguiente, no es imposible la constitución de un gobierno que considere el problema de la paz con un criterio diferente del de Locarno. En las elecciones inglesas del año último naufragó el protocolo de Ginebra. Su suerte estaba demasiado vinculada a la del Labour Party. En otras elecciones, ya no inglesas, pero sí alemanas por ejemplo, el pacto de Locarno corre el riesgo de encallar semejantemente.

Mas, admitiendo que el pacto de seguridad sea unánimemente ratificado, su relatividad como garantía efectiva de la paz no resulta por esto menos evidente. Para que la guerra se encienda de nuevo en Europa no es indispensable que Alemania ataque a Francia ni que Francia ataque a Alemania. La historia de la guerra 1914-1918 aparece a este respecto asaz instructiva. La conflagración empezó en un conflicto entre Austria y Servia que, hasta última hora, se confió en mantener localizado. La seguridad de las fronteras de Francia no es sino una parte del problema de la paz. Cada

uno de los estados favorecidos en Versalles aspira a la misma seguridad, Y cada uno de los estados mutilados en 1919 tiene por su parte alguna tierra irredenta que reivindicar. En la Europa Oriental, sobre todo, fermentan enconadamente varios irredentismos. Hay pocas naciones contentas de sus actuales confines. Poco importa, por consiguiente, que se elimine, de Europa Occidental el peligro de una guerra. El peligro subsiste en la Europa Oriental. Los pleitos balcánicos son un excelente cultivo de toda clase de morbos bélicos.

El conflicto greco-búlgaro ha venido a recordárselos un poco brusca y descomedidamente a los actores de la conferencia de Locarno. El sometimiento de los dos beligerantes a la voluntad del consejo de la Sociedad de las Naciones no anula la notificación que entraña lo ya acontecido. Inglaterra puede ponerse todo lo adusta que quiera contra los dos pueblos que han perturbado la paz. De los dos, Grecia en particular sabe muy bien a qué atenerse acerca del pacifismo británico. Después de "la última de las guerras" Inglaterra lanzó y armó a Grecia contra Turquía. La empresa le salió mal a Inglaterra y a Grecia. Pero Grecia sigue siendo en el tablero de la política internacional el peón que Inglaterra puede tener necesidad de mover en cualquier momento contra Turquía.

Entre Bulgaria y Turquía existe un agrio motivo de enemistad: la cuestión de Macedonia. El gobierno de Kankof, que se defiende de sus enemigos mediante el terrorismo más sanguinario que es posible concebir, necesita explotar el sentimiento nacionalista para buscar un diversivo a la opinión pública búlgara. El gobierno griego, por su parte, es un gobierno militarista ansioso de una revancha de las armas griegas tan duramente castigadas en el Asia Menor. A través de estos gobiernos, interesados en explotar su enemistad, es imposible que Grecia y Bulgaria lleguen a entenderse. La amenaza, difícilmente sofocada hoy, quedará latente.

El blanco más débil, el lado más oscuro de la paz de Locarno no es éste sin embargo. Es, como ya tuve ocasión de observarlo en un artículo sobre el debate del pacto de seguridad, su carácter de paz anti-rusa. El Occidente capitalista propugna una paz exclusivamente occidental y burguesa; fundamentalmente anti-rusa, anti-oriental, anti-asiática. Su pacto tiene por objeto evitar que por el momento se maten los alemanes y los franceses; pero no el impedir que Francia, España e Inglaterra continúen guerreando en Marruecos, en Siria, en Mesopotamia. El gobierno francés, a pesar de ser un gobierno radical-socialista, localiza y circunscribe sus anhelos de paz a Europa. En África y en Asia, se siente obligado a masacrar, —en el nombre de la civilización es cierto—, a los rifeños y a los drusos.

* Publicado en la revista **Varietades**: Lima. 31 de Octubre de 1925.

- JOSE INGENIEROS*

Nuestra América ha perdido a uno de sus más altos maestros. José Ingenieros era en el Continente uno de los mayores representantes de la Inteligencia y el Espíritu. En Ingenieros, los jóvenes encontraban, al mismo tiempo, un ejemplo intelectual y un ejemplo moral. Ingenieros supo ser, además de un hombre de ciencia, un hombre de su tiempo. No se contentó con ser un catedrático ilustre; quiso ser un maestro. Esto es lo que hace más respetable y admirable su figura.

La ciencia, las letras, están aún, en el mundo, demasiado domesticadas por el poder. El sabio, el profesor, muestran generalmente, sobre todo en su vejez, un alma burocrática. Los honores, los títulos, las medallas, los convierten en humildes funcionarios del orden establecido. Otros secretamente repudian y desdeñan sus instituciones; pero, en público, aceptan sin protesta la servidumbre que se les impone. La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario; pero los hombres de ciencia no. Como hombres, como individuos, se conforman con adquirir un valor académico. Parece que en su trabajo científico agotan su energía. No les queda ya aptitud para concebir o sentir la necesidad de otras renovaciones, extrañas a su estudio y a su disciplina. El deseo de comodidad, en todo caso, opera de un modo demasiado enérgico sobre su conciencia. Y así se da el caso de que un sabio de la jerarquía de Ramón y Cajal deje explotar su nombre por los chambelanes de una monarquía decrepita. O de que Miguel Turró se incorpore en el séquito del general libertino que juega desde hace dos años en España el papel de dictador.

José Ingenieros pertenecía a la más pura categoría de intelectuales libres. Era un intelectual consciente de la función revolucionaria del pensamiento. Era, sobre todo, un hombre sensible a la emoción de su época. Para Ingenieros la ciencia no era todo. La ciencia, en su convicción, tenía la misión y el deber de servir al progreso social.

Ingenieros no se entregaba a la política. Seguía siendo un hombre de estudio, un hombre de cátedra. Pero no tenía por la política entendida como conflicto de ideas y de intereses sociales, el desdén absurdo que sienten o simulan otros intelectuales, demasiado pávidos para asumir la responsabilidad de una fe y hasta de una opinión. En su Revista de Filosofía, que ocupa el primer puesto; entre las revistas de su clase de Iberoamérica, concedió un sitio especial al estudio de los hechos y las ideas de la crisis política contemporánea y, particularmente, a la explicación del fenómeno revolucionario.

La mayor prueba de la sensibilidad y la penetración históricas de Ingenieros me parece su actitud frente a la post-guerra. Ingenieros percibió que la guerra abría una crisis que no se podía resolver con viejas recetas. Comprendió que la reconstrucción social no podía ser obra de la burguesía sino del proletariado. En un instante en que egregios y robustos hombres de ciencia no acertaban sino a balbucear su miedo y su incertidumbre, José Ingenieros acertó a ver y a hablar claro. Su libro *Los Nuevos Tiempos* es un documento que honra a la inteligencia ibero-americana.

En la revolución rusa, la mirada sagaz de Ingenieros vio, desde el primer momento, el principio de una transformación mundial. Pocas revistas de cultura han revelado un interés tan inteligente por el proceso de la revolución rusa como la revista de José Ingenieros y Aníbal Ponce. El estudio de Ingenieros sobre la obra de Lunatcharsky en el comisariato de educación pública de los Soviets, queda como uno de los primeros y más elevados estudios de la ciencia occidental respecto al valor y al sentido de esa obra.

Esa actitud mental de Ingenieros correspondía al estado de ánimo de la nueva generación. Presenta, por tanto, a Ingenieros, como un maestro con capacidad y ardimiento para sentir con la juventud, que, como dice Ortega y Gasset, si rara vez tiene razón en lo que niega, siempre tienen razón en lo que afirma. Ingenieros transformó en raciocinio lo que en la juventud era un sentimiento. Su juicio aclaró la consciencia de los jóvenes, ofreciendo una sólida base a su voluntad y a su anhelo de renovación.

La formación intelectual y espiritual de Ingenieros correspondía a una época que los "nuevos tiempos" venían, precisamente, a contradecir y rectificar en sus más fundamentales conceptos. Ingenieros, en el fondo, permanecía demasiado fiel al racionalismo y al criticismo de esa época de plenitud del orden demo-liberal. Ese racionalismo, ese criticismo, conducen generalmente al escepticismo. Son adversos al pathos de la revolución.

Pero Ingenieros comprendió, sin duda, su ocaso. Se dio cuenta, seguramente, de que en él envejecía una cultura. Y, consecuentemente, no desalentó nunca el impulso ni la fe de los jóvenes -llamados a crear una cultura nueva- con reflexiones escépticas. Por el contrario, los estimuló y fortaleció siempre con palabra enérgica. Como verdadero maestro, como altísimo guía, lo presentan y lo definen estos conceptos: «Entusiasta y osada ha de ser la juventud: sin entusiasmo no se sirven hermosos ideales, sin osadía no se acometen honrosas empresas. Un joven sin entusiasmo es un cadáver que anda; está muerto en vida, para sí mismo y para la sociedad.

Por eso un entusiasta, expuesto a equivocarse, es preferible a un indeciso que no se equivoca nunca. El primero puede acertar; el segundo no podrá hacerlo jamás. La juventud termina cuando se apaga el entusiasmo... La inercia frente a la vida es cobardía. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización... El pensamiento vale por la acción social que permite desarrollar».

En torno de José Ingenieros y de su ideario se constituyó en la República Argentina el grupo Renovación que publica el "boletín de ideas, libros y revistas" de este nombre, dirigido por Gabriel S. Moreau, y que sirve de órgano actualmente a la Unión Latinoamericana. Y, en general, el pensamiento de Ingenieros ha tenido una potente y extensa irradiación en toda la nueva generación hispanoamericana. La Unión Latinoamericana, que preside Alfredo Palacios, aparece, en gran parte, como una concepción de Ingenieros.

No revistemos melancólicamente la bibliografía del escritor que ha muerto para tejerle una corona con los títulos de sus libros. Dejemos este procedimiento a las notas necrológicas de quienes del valor de Ingenieros no tienen otra prueba que sus volúmenes. Más que los libros importa la significación y el espíritu del maestro.

* Publicado en **Variedades**: Lima, 7 de Noviembre de 1925, reproducido en **Repertorio Americano**, tomo XII 94, San José de Costa Rica, 25 de Enero de 1926.

- ANDRE GIDE Y LA "NOUVELLE REVUE FRANCAISE*

No es posible hablar de la Nouvelle Revue Française* sin hablar de André Gide. La N.R.F. fue fundada por Gide y sus amigos hace 16 años. En breve plazo, bajo la égida de Gide, se colocó a la cabeza de las revistas de letras de Francia. Su tendencia y su estilo correspondían plenamente al humor de la época. Pero en la actualidad Gide no dirige la N.R.F. Y esta revista, por otra parte, no continúa acaparando la representación de la modernidad y sus grandes nombres. Otras revistas, Europe, verbi gracia, muy moderna y muy europea, empiezan a reemplazarla en el favor del público. La N.R.F., más que una gran revista es una gran casa editora. Es la Librería Gallimard. En la historia de la N.R.F. ha terminado el capítulo André Gide. El protagonista del nuevo capítulo no es un literato sino un librero, Gastón Gallimard. Sin embargo, André Gide sigue siendo para todo el mundo el caudillo, el verbo y el ánimo de la N.R.F. [*La Nueva Revista Francesa. (Trad. lit.)]

Ni la revista ni las ediciones de Gastón Gallimard pueden ser declaradas propiedad de una escuela o una capilla. Como dice François Mauriac, la N.R.F. ha hecho en cierta forma un trust de todos los valores franceses de hoy. Gallimard edita libros de escritores tan diversos como Paul Claudel y Marcel Prevest, André Gide y Charles Louis Philippe, Georges Duhamel y Paul Morand. La N.R.F. es, presentemente, por su elenco de autores y de obras, la primera casa de ediciones de Francia. Y en la misma revista la disparidad y la pluralidad de credos y de géneros es el secreto del éxito. En la Nouvelle Revue Française se juntan el dandismo de los decadentes y el misticismo de los revolucionarios. La N.R.F. aloja el nacionalismo de Montherlant, el tradicionalismo de Gheon, el cosmopolitismo de Mac Orlan y Valery Larbaud, el clasicismo de Paul Valery, el revolucionarismo de Jean Richard Bloch, el superrealismo de Delteil y de Eluard, etc. La N.R.F. edita, de otro lado, la Revue Juive,* demasiado internacional para que se le dirija una acusación específica de gidismo. Sus primeros números nos han descubierto algunos escritos inéditos de Proust, pero también nos han descubierto escritos inéditos de Henri Frank. (Revelar algún inédito de Proust es, por otra parte, un número obligado de toda nueva revista francesa). [* Revista judía]

Pero en la conciencia de sus críticos y del público nada de esto consigue. separar a la N.R.F. de André Gide. Aunque las ediciones de Gallimard son una consecuencia de la revista que les presta su nombre, críticos y público distinguen a ésta de aquéllas. La editorial es una cosa, la revista es otra, por mucho que la editorial franquee preferentemente sus puertas a los escritores de la revista. Y en la Nouvelle Revue Française el gidismo, en diversas

dos, imprime a la revista su carácter. La N.R.F. reúne en sus páginas a muchos y muy diversos escritores. Mas los que dan el tono son Gide y sus discípulos. Jacques Rivière -muerto hace poco-, sucesor de Gide en la dirección de la revista, era un caso genuino de gidismo. Se puede decir que a través de Rivière, Gide continuó dirigiendo la N.R.F. En la casa de la Nouvelle Revue Française se adora como a los dioses penates a Gide y a Proust, en quienes reconoce la crítica dos fenómenos solidarios y consanguíneos de la moderna literatura francesa.

Existe -al menos según sus críticos- un espíritu N.R.F., vale decir un espíritu André Gide. ¿Cuáles son sus características? El gordo Henri Béraud, autor de *El Martirio del Obeso*, lo califica de esnobismo hugonote. Otro escritor lo designa con el término más o menos equivalente de "calvinismo intelectual". Pero estas expresiones, si bien sugieren algo, no definen nada. Más categóricos, más precisos son Roland Dorgelés, novelista, Henri Massis, polemista, católicos ambos. Dorgelés condena a André Gide, no sólo en nombre del espíritu católico, «sino en nombre de su salud moral». «Nosotros somos por lo menos tónicos -explica; él es por el veneno. Él cree iluminar las almas. Qué error. El las turba. No son las virtudes lo que le interesa; son las taras. El mal tiene más atracción que el bien y por esto tantos jóvenes van a Gide. Pero yo estoy tranquilo: lo dejarán. Su moda pasará como tantas otras». Massis considera «el desorden de la joven literatura» como una consecuencia del subjetivismo filosófico. Observa Massis que para los escritores de la **N.R.F.** no parecen existir sino realidades psicológicas. «El **yo**, he aquí el único objeto, la sola realidad cognoscible. Estos escribanos son, ante todo, críticos, no son creadores. En sus obras no hay acontecimientos, no hay personajes; no pasa nada. ¿Pueden aspirar estas obras a enriquecer nuestra humanidad? Pues es esto lo que hace una obra verdaderamente clásica. Pero hace falta una sociedad; y ahora bien, desde la revolución romántica, no existe en Francia un espíritu público que contrapesa el individualismo del artista; éste se hunde más y más en la singularidad: el arte está cada vez menos en contacto con el medio social».

En estos términos exponen su posición ante la N.R.F. los representantes de la tradición. En la polémica entre la N.R.F. y sus impugnadores se quiere ver el conflicto entre el clasicismo y el romanticismo. Maurras define la nueva poesía francesa como «la cola de la cola del simbolismo». Para los escritores de *L'Action Française*, en la política y en la literatura todos los males vienen de la Revolución. Basta volver a la escuela clásica y a la tradición monárquica para que las letras recobren su equilibrio. Esta obsesión los empuja a la repudiación integral y absoluta de más de un siglo de historia humana. O sea, al más radical y bizarro de todos los roman-

ticismos. Pero, en su crítica del espíritu de la literatura de Gide, sientan a veces principios que, aunque parezca absurdo, pueden ser aceptados por una crítica revolucionaria. La literatura moderna sufre, realmente, una crisis de individualismo y subjetivismo. Gide es un signo de esta crisis. A este respecto, los revolucionarios no tienen dificultad para declararse de acuerdo con los tradicionalistas. El acuerdo se acaba violentamente cuando del diagnóstico se pasa al tratamiento. Los tradicionalistas creen que Santo Tomás y la Iglesia pueden imponer a las almas inquietas y turbadas de los artistas su disciplina. Los revolucionarios se sonríen ante este anti-romanticismo romántico. Piensan y sienten que sólo de una nueva fe puede nacer una disciplina nueva. Mucho se ha escrito, en los últimos tiempos, en revistas y periódicos franceses contra Gide y la N.R.F. Henri Béraud ha contestado el derecho de Gide a clasificarse entre los mantenedores de la lengua francesa. Expurgando la obra de Gide, ha hallado el terrible Béraud algunas deficiencias gramaticales. Pero estos y otros ataques del mismo género no tienen sino un valor anecdótico. La obra de Gide no puede ser asesinada desde una encrucijada de la gramática y de la academia. Los juicios dignos de ser tomados en consideración son los que parten de puntos de vista políticos y filosóficos.

Es absurdo y grosero empeñarse en demostrar que Gide escribe mal. O, por lo menos, que Gide no escribe bien. A despecho de cualquiera negligencia gramatical de una que otra de sus páginas, su obra es técnica y estéticamente la de un maestro de la literatura francesa contemporánea. Los reparos que pueden y deben hacersele son de otro orden. Una crítica penetrante tiene que clasificarla, por ejemplo, como una obra de influencia disolvente. Gide representa en Francia, espiritual e intelectualmente, una fuerza de disolución y de anarquía. Un hombre de alma apasionada y de inteligencia constructiva no encuentra en sus libros nada que alimente su fe ni estimule su elán. Gide enerva y afloja los nervios como un baño tibio. No sale nunca de un libro de Gide sino un poco de laxitud voluptuosa. El autor de *L'Enfant Prodigue** y *La Pastoral* contagia una especie de desgano elegante [*El Hijo Pródigo]

No es prematuro predecir el próximo tramonto de su influencia. Dorgelés tiene razón. La moda de Gide pasará como tantas otras. En parte no es más que un reflejo del éxito de Proust y del apogeo de la novela psicológica. La N.R.F. si quiere sobrevivir al gidismo, no tendrá más remedio que renovarse. La muerte de Jacques Rivière facilita probablemente su evolución. Una gran casa de ediciones está obligada a ser un poco oportunista. Y ya hemos visto cómo, en la actualidad, la N.R.F. más que una revista es una editorial. La primera editorial francesa.

* Publicado en *Varietades*: Lima, 14 de Noviembre de 1925.

- "EUROPE", REVISTA DE LA CULTURA INTERNACIONAL*

Entre las revistas francesas de mayor autoridad y mayor prestigio se cuenta, desde hace algún tiempo, la revista Europe, que cumple en diciembre su tercer año de vida. El rápido éxito de Europe se explica perfectamente. Fundada por tres escritores de la calidad de Albert Gremieux, Paul Colin y René Arcos, Europe es un órgano de la inteligencia europea. Detrás de esta revista está una gran casa de ediciones: F. Rieder et Cie. Y, sobre todo, en la plana mayor de colaboradores de Europe figuran varios grandes europeos: Unamuno, Sternheim, Gorki, Boris Pilniak, Sigrid Undset, Kasimir Edschmidt, Pirandello, Tilgher, etc. Europe se presenta como una "revista francesa de cultura internacional". Se reconoce claramente en su programa la inspiración de Romain Rolland, preocupado en toda su obra por el servicio de la unidad moral de la civilización. Europe, como Romain Rolland, se coloca au dessus de la mêlée.* [* Por encima de la contienda]

Y así como se defiende de todo nacionalismo, Europe se defiende también de toda escuela literaria y de toda doctrina política. En su elenco se juntan los nombres de Henri Barbusse y de Henri de Montherlant. Tiene, sin embargo, una personalidad. La personalidad que le imprime, el rollandismo. Romain Rolland y sus amigos, Georges Duhamel, René Arcos, Paul Colin, Charles Vildrac, Pierre Hamp, etc., dan el tono a la revista.

Uno de los sucesos más resonantes de la vida de Europe fue, hace cerca de un año, la sensacional publicación de un extracto del diario del fallecido diplomático Georges Louis. Las notas de Georges Louis -Director de Negocios Políticos del Ministerio del Exterior, durante mucho tiempo Embajador de Francia en San Petesburgo,* hasta la ascensión de Poincaré a la Presidencia de la República- constituyeron una gravísima revelación respecto a las responsabilidades de la guerra. Georges Louis, diplomático de fina inteligencia y de espíritu pacifista, había anotado en su carnet, día a día, sus conversaciones con estadistas y diplomáticos de Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, etc. Estas conversaciones, anteriores casi todas a la guerra, desnudaban de toda hipocresía la política pre-bélica de Poincaré. Proyectaban, sobre todo, una luz muy viva en la sombría interioridad de la política intrigante de la Rusia de los Zares, descubriendo las maquinaciones y los maquiavelismos de sus dos más conspicuos agentes: Sazonof e Isvolsky [* Hoy Leningrado]

Poincaré, defendiéndose de los cargos categóricos de Georges Louis, pretendió insinuar que sus carnets, antes de ser publicados en Francia, habían sufrido una esencial manipulación en Alemania. Pero la viuda de

Georges Louis desmintió netamente esta especie, declarando que los papeles del ex-Embajador no habían salido jamás de Francia ni habían estado en otro poder que en el suyo. Europe, publicó de otro lado una fotografía de una página del carnet y demostró que éste estaba escrito de puño y letra de Georges Louis. El estruendo de la revelación -que siguió al documentado y vigoroso libro de Alfred Fabre Luce, *La Victoire**- atrajo sobre Europe la atención mundial. [*Victoria]

Las ediciones de F. Rieder et Cie. coinciden con el programa y el espíritu de Europe. En su valiosa colección *Cristianismo*, la Casa Rieder ha publicado en francés el último libro de don Miguel de Unamuno *La Agonía del Cristianismo*. En su colección de "prosadores extranjeros modernos" ha editado obras de los norteamericanos Henri Thoreau, Waldo Frank y Teodoro Dreiser, de los alemanes Gottfried Keller y René Schickelé, etc. Rieder y Europe han revelado a Francia y al mundo al desconcertante rumano Panait Istrati. Los tres libros de Istrati han aparecido en una selectísima biblioteca de Rieder dirigida por uno de los más puros y altos representantes de la nueva literatura francesa: Jean Richard Bloch. A este J. R. Bloch lo hemos encontrado ya en la N.R.F., editora de todos o casi todos sus libros. Lo volveremos a encontrar cuando visitemos la casa y revisemos la historia y la colección de Clarté. Su obra reclama, por otra parte, un artículo especial.

* Publicado en **Varietades**: Lima, 21 de Noviembre de 1925.

- LITERATURAS EUROPEAS DE VANGUARDIA*

Quien desee efectuar un viaje económico por las varias literaturas de vanguardia de Europa, puede tomar con confianza el libro de Guillermo de Torre. El viaje de este libro tiene todas las ventajas y todos los defectos de un viaje en ómnibus. Es barato, es rápido, es, más o menos, seguro. Pero nos obliga a detenernos el mismo tiempo en todas las estaciones. No nos consiente descender en las esquinas, donde nos gustaría hacer alto por algunos minutos. La estación de partida está en un suburbio. Y ahí nos toca perder un tiempo que nos parece desproporcionado, respecto del que empleamos en atravesar los sitios centrales.

«Las Literaturas Europeas de Vanguardia -escribe Guillermo de Torre en el frontispicio de su libro- son un álbum panorámico, en su primera parte, de las cinco tendencias vanguardistas latinas más representativas». Estas cinco tendencias son el ultraísmo español, el creacionismo hispano-francés, el cubismo y el dadaísmo franceses y el futurismo italiano. En la tercera parte del volumen, Guillermo de Torre nos muestra, por una ventanilla del ómnibus, otros horizontes: el imaginismo anglo-sajón, el expresionismo germánico y la nueva poesía eslava. La perspectiva y el itinerario del viaje son los de un supérstite del ultraísmo español.

Guillermo de Torre nos explica, en primer término, esta literatura de vanguardia. Pero de su propia exposición resulta que el ultraísmo español tiene un valor muy modesto al lado de los otros ismos literarios de Europa. El ultraísmo no ha carecido de antecedentes propios y de modalidades peculiares; pero se ha alimentado de la experiencia y de las ideas de estos otros ismos. Ha sido, en gran parte, un reflejo o un eco del futurismo, el expresionismo, el cubismo y el dadaísmo. No ha influido en ninguno de los movimientos y en ninguna de las escuelas de las que ha sido tributaria o dependiente. Esto el mismo Guillermo de Torre lo constata honradamente.

Tampoco el creacionismo aparece como un movimiento o una escuela. Por lo menos en el sentido que estas palabras tienen cuando califican al cubismo, al expresionismo, etc. El que algunos literatos se hayan llamado creacionistas no prueba suficientemente la existencia del creacionismo como movimiento de vanguardia. Guillermo de Torre, en el capítulo respectivo, clasifica prudentemente el creacionismo como una "modalidad". Pero, como ya hemos visto, en la introducción del libro lo considera una de «las cinco tendencias vanguardistas latinas más representativas». El creacionismo, por otra parte, en Literaturas Europeas de Vanguardia, se reduce, como actividad literaria, a las actitudes y trabajos

del poeta chileno Huidobro y del poeta francés Reverdy. Guillermo de Torre trata, a mi juicio, un poco negligentemente a este último. Encuentro, en cambio, muy acertado su juicio sobre el aporte de Herrera Reissig a la formación de un nuevo estilo. Así como sus notas sobre la modernidad o el vanguardismo de las teorías estéticas de Oscar Wilde.

El libro de Guillermo de Torre acusa una preocupación exasperada de la hora. El autor teme angustiadamente llegar con retardo. Jorge Luis Borges le reprocha, con agudas palabras, este «ademán molesto de sacar el reloj a cada rato». Escribe Borges: «Su pensamiento traducido a mi idioma (con evidente riesgo de sofisticarlo y cambiarlo) se enunciaría así: Nosotros los ultraístas somos los hombres del viernes; ustedes rubenistas son los del jueves y tal vez los del miércoles, ergo valemos más que ustedes. . . A lo cual cabe replicar: ¿Y cuando viene el sábado, dónde arrinconar al viernes?»

Le pasa también a Torre lo que a otros literatos vanguardistas. Más que la novedad de espíritu mira la novedad de procedimiento. El procedimiento lo obsiona. En el haber del ultraísmo anota, como una adquisición capital, el gusto de la metáfora, de la imagen. Aunque es verdad que, páginas más adelante, parece suscribir esta otra certera observación de Jorge Luis Borges: «Creo que se equivocan los demasiado obstinados en pesquisas de imágenes. El creacionismo que tal cosa predica es una jaula: una cacería de la phrase á effet,* de la ingeniosidad, que es el mayor peligro para escritores de raza española como nosotros» [* Frase efectista]

El valor de una tendencia literaria no es nunca una mera cuestión de técnica. Una de las benemerencias más evidentes del vanguardismo, - especialmente en nuestra literatura- consiste en la reacción contra la retórica y contra el énfasis. Pero únicamente repudia de veras la retórica y el énfasis el escritor o el poeta que lleva la modernidad en el espíritu. Torre lo sabe bien, puesto que escribe lo siguiente sobre el expresionismo: «De todos los movimientos modernos de vanguardia es quizá el expresionismo el único que ha triunfado plenamente -hasta el punto de que en la pintura y en el teatro, al menos, tiene un acatamiento oficial- logrando la imposición de sus módulos en todas sus ramificaciones estéticas: en la novela con Leonard Frank y en el teatro con Carl Sternheim y Kasimir Edschmid. Ello se debe precisamente a que, más bien que un movimiento, es una tendencia común de la época. Es como ellos dicen *Zeitgeits einer Gesinnung*:* el espíritu de un tiempo. No es una coterie** limitada. En rigor toda la nueva generación alemana es expresionista. No posee cánones carcelarios ni jefes acaudilladores. El expresionismo reside más bien en cierta actitud espiritual de la conciencia artística del mundo».[*El espíritu del tiempo, el solo modo de pensar / ** Camarilla]

Pero la principal insuficiencia del libro de Torre no es, por cierto, ninguna de las anotadas. Me parece encontrarla en el esfuerzo por considerar y examinar los fenómenos literarios en sí mismos, prescindiendo absolutamente de sus relaciones con los demás fenómenos históricos. Acaso se puede juzgar así una individualidad. Pero, de ningún modo, una época. Guillermo de Torre nos explica las teorías y las consecuencias literarias del futurismo; pero no nos explica sus causas ni sus raíces espirituales. Y es imposible entender realmente el futurismo, sin una noción más o menos completa de su morfología. Sobre el futurismo, por esto, se puede aprender en la crítica de un político más que en la crítica de un literato. Giuseppe Prezzolini escribe respecto al futurismo: «Es curioso, a primera vista, que no haya nacido en América. Pero en Italia es el fruto de una reacción. Es el "alto" gritado a la tradición, a la Arqueología, a Venecia con el claro de luna, al dantismo, al volverse siempre atrás de los italianos. Una reacción tanto más furibunda, cuanto más potente eran los hábitos, más grandes los hombres, más profundas las tradiciones». Prezzolini apunta hechos muy ciertos. Mas la mirada de Trotsky, por ejemplo, descubre hechos superiores. «Los países -dice en su libro *Literatura y Revolución*- que se han quedado retrasados, pero que disponen de cierto grado de cultura intelectual, reflejan en sus ideologías más clara y poderosamente que otros las conquistas de los países más adelantados. Por esto mismo se han reflejado en el pensamiento alemán de los siglos XVIII y XIX las conquistas económicas de los ingleses y las políticas de los franceses. Por lo mismo no es en América ni en Alemania donde el futurismo ha encontrado su expresión más esencial sino en Italia y en Rusia. El poema que ensalza a los rascacielos, los dirigibles y submarinos puede escribirse en mal papel y con un pedazo de lápiz en cualquier aldea del gobierno de Rjasan y para que la fría fantasía se exalte en Rjasan basta con que existan en América rascacielos, dirigibles y submarinos».

Un crítico exclusivamente literario como Guillermo de Torre nos pasea por la superficie del futurismo; pero no nos enseña su subsuelo ni nos instruye acerca de toda su trascendencia. Su estudio del futurismo no nos dice, al menos, lo que es la moderna literatura italiana. Todo lo moderno no está, evidentemente, en las Literaturas Europeas de Vanguardia. En la obra de Pirandello hay más elementos esenciales de modernidad que en toda la producción futurista. Torre declara su admiración por Pirandello, que con Giovanni Papini y Ardengo Soffici forma, en su concepto, el trinomio italiano de valores más interesantes de hoy. No me siento muy lejos de la opinión de Torre sobre este trinomio, aunque desconfíe un poco de estas tríadas o triángulos en que la crítica gusta a veces de concretar una época. Pero pienso que sólo el relativismo y el superrealismo de Pirandello -¿por

qué no clasificar a Pirandello como un superrealista?- contienen más modernidad que todas las invenciones literarias de Marinetti y sus secuaces.

Todas estas cosas no impiden que el libro de Guillermo de Torre me parezca el mejor y el único vehículo disponible para una excursión por todas las escuelas de vanguardia. Torre es un guía inteligente. Sus juicios sobre el «sentimiento cósmico y fraterno en los poetas de los cinco continentes», son un análisis penetrante. El libro está sembrado de preciosas observaciones. Sería un grave error creerlo algo así como baedeker* de la literatura de moda. [* “En un principio, una serie de guías publicadas en Alemania en el siglo XIX, ahora se utiliza de forma genérica o metafóricamente para guías en general”]

* Publicado en **Variedades**: Lima, 28 de Noviembre de 1925.

- EL GABINETE BRIAND*

El proceso de la última crisis ministerial francesa descubre la gravedad y la hondura del mal que sufre el régimen parlamentario en una de las grandes democracias europeas. La mayoría no puede gobernar. Por lo menos, no puede gobernar conforme a su propio programa. Y esto le acontece no sólo por ser una mayoría insuficientemente numerosa sino, sobre todo, por ser una mayoría muy poco compacta y muy poco homogénea.

Y si ésta es la situación de la mayoría, no es el caso, por supuesto, de hacerse ilusiones respecto a la situación de la minoría. El bloque de izquierdas se revela impotente para actuar su política. Pero, después de todo, y a pesar de su crisis, sigue constituyendo la mayoría. El bloque adversario no puede esperar el poder sino de una nueva elección a la cual no iría con más chance que a la elección de mayo del año pasado.

Tampoco es el caso de pensar en la formación de una nueva mayoría constituida por el centro y los sectores más moderados de la derecha y la izquierda. Creer en la posibilidad de encontrar así un equilibrio estable equivale a suponer que las dos concentraciones electorales que, con distinto y opuesto programa, se disputaron el poder en mayo son un producto del azar. Los radicales socialistas se unieron en mayo a los socialistas porque no podía ser otra su posición. Para reconquistar su papel en el parlamento y en el poder, necesitaban imperiosamente presentarse a las masas electoras en oposición y contraste con la política del bloque nacional.

Un gobierno que prescindiera de los socialistas, como fuerza parlamentaria, representaría la liquidación definitiva del bloque de izquierdas. Y las consecuencias de esta liquidación serían funestas para los radicales. El grupo radical-socialista cesaría de ser instantáneamente la base del gobierno. El poder volvería a las derechas, aunque esta situación estuviese más o menos disimulada por la fórmula de un gobierno de concentración nacional, organizado con la participación de los amigos de Painlevé y Herriot.

La crisis del bloque de izquierdas empezó casi al día siguiente de la victoria de mayo. Herriot hizo todo lo posible por gobernar de acuerdo con los socialistas. Su política fue acusada de una excesiva sumisión al partido socialista y, en particular, a su astuto secretario León Blum. El partido socialista se manifestó, sin embargo, en su congreso de Grenoble, más o menos descontento de la política de Herriot en el poder. El gobierno de Painlevé acentuó la disensión. El grupo parlamentario socialista se vio obligado a negar sus votos en el parlamento a algunos actos del gabinete.

Con Briand en la presidencia del consejo esta crisis tiene que entrar en una fase aguda. El partido socialista francés no conserva muchos escrúpulos clasistas. Pero, al menos en sus masas, subsiste todavía la tendencia a tratar y mirar a Briand como un renegado. Briand en la presidencia del consejo indica además un desplazamiento del eje del poder. Por muy grande que sea su destreza parlamentaria, Briand no conseguirá que su política resulte aceptable para el socialismo.

El actual gabinete tiene así toda la traza de una solución provisoria. El pacto de Locarno ha ayudado a Briand a subir a la presidencia del consejo. Pero, firmado el pacto, el gobierno francés se encontrará de nuevo frente a su tremendo problema financiero. Y es justamente este problema el que domina la situación política de Francia. Es este problema el que determina la posición de cada partido. Si los radicales-socialistas abandonan su programa, perderán irremediabilmente a la mayor parte de su electorado pequeño burgués. Las derechas y el centro pretenden que el peso de las deudas de Francia no caiga sobre las clases ricas. Las clases pobres exigen a sus partidos, por su parte, una defensa eficaz y enérgica. El socialismo pro-pugna la fórmula del impuesto al capital. Los radicales-socialistas se han visto obligados a admitirla y sancionarla también en su último congreso. Más no va a ser ciertamente un ministerio con Briand en la presidencia y Doucheur en la cartera de finanzas el que la aplique.

A los socialistas les habría gustado un ministerio presidido por Herriot. El líder radical-socialista goza de la confianza de los parlamentarios de la S.F.I.O. Pero, precisamente, por culpa de los socialistas no ha vuelto Herriot al poder. Herriot no se contentaba con el apoyo parlamentario de los socialistas. Quería su cooperación dentro del ministerio. Y, a pesar de la prisa de algunos parlamentarios socialistas como Vincent Auriol o Paul Boncour por ocupar un sillón ministerial, el partido socialista no ha considerado aún posible su participación directa en el gobierno. Están todavía muy próximos los votos de castidad del último congreso de la S.F.I.O. Hace sólo cuatro meses León Blum se ratificó en ese congreso en su posición categóricamente adversa a una colaboración de tal género. La fracción colaboracionista se presentó en el congreso engrosada por el voluminoso Renaudel sus secuaces. Pero, diplomática y sagazmente, Blum salió una vez más victorioso. Supo aplacar, al mismo tiempo, a la derecha y a la Izquierda de su partido. A la derecha con la promesa de que, absteniéndose de una participación prematura, el socialismo acaparará finalmente todo el poder. A la izquierda, con la garantía de que el socialismo no comprometerá su tradición ni su programa en una cooperación demasiado ostensible con plutócratas como Loucheur y

políticos como Briand.

La crisis, pues, subsiste. No es una crisis de gobierno. Es una crisis de régimen. No cabe la esperanza de una solución electoral. Las crisis de régimen no se resuelven jamás electoralmente. Las elecciones no darían ni a las derechas ni a las izquierdas una mayoría todopoderosa. Una mayoría, cualquiera que sea, no puede ser, de otro lado, ganada por un partido sino por una coalición. El partido socialista, completamente incorporado en la democracia, volverla en las elecciones a constituir el núcleo de una coalición de izquierdas. Y esta coalición dispondría siempre de fuerzas suficientes, si no para asumir el gobierno, al menos para impedir que gobierne, verdadera y plenamente, una coalición adversaria. En suma, los términos del problema se invertirían acaso. Pero el problema en sí mismo no se modificaría absolutamente.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de Diciembre de 1925.

- EL PINTOR PETTO RUTI*

El nombre del pintor argentino Emilio Petto Ruti no es un nombre desconocido para nuestro público. Yo lo conocí en Milán. En un cuarto de hora éramos ya antiguos amigos. La vida quiso esta vez ser lógica. Hubo instantaneísmo y futurismo cabales y perfectos en este encuentro milanés. Tres días después yo partía para la Venecia pasadista. Pero nuestra amistad era demasiado sólida para que la Comprometiera mi evasión de Milán y de su galería. Pocos meses más tarde, Petto Ruti y yo nos reencontramos en Roma. Petto Ruti exhibía en la primera Exposición Bienal de Roma un retrato del pintor Marussig. Venía de efectuar una exposición en Milán en la Familia Artística. (Petto Ruti vive, siempre entre dos exposiciones). Yo estaba, entonces, un poco ebrio de luna de miel y de vino Frascati. Tenía un nido en una villa* de Frascati, a una hora de Roma, en una colina virgiliana. No sentía ninguna gana de pasar el tiempo entre las siete colinas de la Ciudad Eterna. Resolví secuestrar a Petto Ruti por un mes en la villa. Mi invitación estuvo amparada por un argumento decisivo: (En Roma no hay sino la exposición; en Frascati hay ya cerezas». Las cerezas son en Italia la prima-vera. Petto Ruti se dejó secuestrar encantado: «Escapemos de estos horribles cuadros. Vamos hacia las cerezas». En la villa de Frascati empezó a hacerme un retrato. Me anunció su propósito de llevarse en algunas manchas todo el paisaje. Pero la primavera y la villa convidaban irresistiblemente al ocio. [* Residencia campestre]

Los itinerarios de nuestras vidas coincidieron varias veces. Yo viajaba por Alemania mientras Petto Ruti pintaba a orillas del Tegernsee. Estaba en su período de pintor lacustre. Del lago de Garda había pasado al Tegernsee. (Tremosine y Tegernsee son dos estaciones sustantivas de su vida artística). Pero Berlín lo llamaba ya con todas sus voces. Y Petto Ruti, ahído de lago y de montaña, ávido de urbe, descendió un día de sus montañas bávaras a Berlín. En Berlín lo aguardaba un beso platónico de la gloria. Petto Ruti expuso sus cuadros, con gran éxito artístico, en las salas de Der Sturm. En las salas consagradas por las exposiciones de Archipenko, Kandinsky, Franz Marc y otros célebres artistas de vanguardia, Berlín le ofreció por sus cuadros muchos millones de marcos. Pero los marcos de Berlín no valían nada en ese tiempo. Y Petto Ruti, razonablemente, prefirió quedarse con sus cuadros.

* * *

Hablemos del artista. El artista no es menos grande que el amigo. Petto Ruti está hecho del paño de los verdaderos artistas. No se deja encasillar en ninguna escuela. Se ha aventurado por muchos caminos; pero ha salvado siempre su personalidad. Le ha tocado vivir en una época de inestabilidad y

de anarquía. Por consiguiente, su obra no ha podido conservar un estilo único. Toda la vida de Petto Ruti ha sido, por fuerza, una serie de búsquedas. Pero de cada búsqueda, de cada viaje, Petto Ruti, ha vuelto siempre con alguna nueva afirmación de su yo. Y ha tenido la obstinada virtud de desdeñar el éxito fácil.

Petto Ruti es un trabajador. Con su caso se puede confundir a quienes suponen, arbitrariamente, que el arte de vanguardia no es casi sino improvisación y arbitrariedad. Este artista, tan moderno en su espíritu y en su estilo, se ha formado en Italia, dentro de un ambiente de clasicismo, en un trabajo paciente y severo. Cezanne, Picasso, Van Gogh, Matisse, no han acaparado su admiración. Ha sabido estudiar y comprender, ante todo, a los clásicos. Me consta su inteligente amor por Pier della Francesca, Antonello da Messina, Mantegna, Massaccio, etc. Petto Ruti ha aprendido en los maestros de los maestros. Como los artistas del Renacimiento, siente que no es posible ninguna creación superior sin una austera y profunda disciplina. Es un artista que no ignora absolutamente nada de la técnica de su arte. Prepara él mismo sus colores y sus telas. Sus mosaicos, de gran originalidad, no sólo en el estilo sino también en el procedimiento, constituyen el resultado de un minucioso estudio de los viejos mosaicos italianos. Petto Ruti los ha trabajado en Florencia después de un largo aprendizaje.

¿Es posible que este futurista, este cubista, este iconoclasta -me preguntarán asombrados algunos- entienda y conozca a los clásicos? Respondámosles, para aumentar su asombro, que los conoce y entiende y que, además, los sigue. Los sigue en todo lo que un artista de esta época puede seguirlos: en el espíritu, en la sinceridad, en la devoción.

* * *

Revisando la obra de Petto Ruti, los tántalos* de la crítica se quejarán de la imposibilidad de clasificarla con una sola etiqueta. Petto Ruti ha hecho un poco de cubismo, un poco de expresionismo, un poco de cada uno de todos los ismos. Pero esto no prueba ni veleidad ni incoherencia. Los mayores artistas contemporáneos han seguido análogo camino. Y no por eso se les puede acusar de contradicción. Todas las escuelas, todos los movimientos de arte moderno se completan. Una tendencia genera a la otra. Sólo los que no ven sino las oposiciones externas, las diferencias formales, pueden imaginarse que tienen un origen diverso y una historia independiente. La verdad es otra. Repito aquí lo que escribí hace algunos años. Que el proceso del arte moderno es un proceso coherente, lógico, bajo su apariencia desordenada y anárquica. Que el cubismo ha sido engendrado por el impresionismo, aunque en sus propósitos y en sus resultados parezca

contradecirlo. Severini, en su estudio *Del Cubismo al Clasicismo*, sostiene con razón que «el cubismo, que constituye la sola tendencia interesante desde el punto de vista de la disciplina y del método y que, por este hecho, forma parte de la base del nuevo clasicismo que se prepara, se encuentra sin embargo hasta hoy en la última etapa del impresionismo».[*Por referencia a

Tántalo, un personaje de la mitología griega comentado en el teatro, es un ser incapacitado --por castigo de los dioses-- para satisfacerse, a pesar de la cercanía de los bienes que necesita]

Se explica muy bien, por ende, el que en la obra de un artista como Petto Ruti se combinen o sucedan varios métodos. Para llegar a una construcción fundamentalmente nueva de las cosas, Petto Ruti, como otros artistas de la época, ha tenido que aprender primero a disolverla: descomponerlas. Las últimas obras de Petto Ruti no niegan sus obras anteriores. Por el contrario, las continúan,

* * *

Sanin Cano escribe en un estudio sobre Petto Ruti: «En la frase de un artista vienés que hizo de la mera palabra el instrumento para comunicar sus emociones de poeta en prosa, está la teoría nueva del arte pictórico y la diferencia entre los académicos y los expresionistas. Peter Alemborg dijo: El pintor occidental quiere pintar la primavera y le sale un árbol; el japonés quiere pintar una rama y le sale la primavera. Esta impresión de vida completa y renovada dan las telas de Emilio Petto Ruti».

Los cuadros que ha presentado Petto Ruti a Buenos Aires en su última exposición de la Asociación Amigos del Arte justifican plenamente este certero juicio.

* * *

En estos cuadros, que aparecen -al menos según el orden de sus exposiciones- como sus últimos trabajos, y que no conozco sino por fotografías, he reconocido, en seguida, algunos elementos y modalidades que tengo, desde hace tiempo, como peculiares del arte y del temperamento de Petto Ruti. Verbigracia: el admirable sentido del valor plástico del árbol. Petto Ruti es un gran amante de árboles. Sus ojos saben descubrir en las encinas, en los olivos, en los cipreses, los gestos más inéditos y más maravillosos. El árbol es, tal vez, su motivo predilecto. Su fuerte panteísmo se resume en esta bella predilección.

* Publicado en *Varietades*: Lima 12 de Diciembre de 1925.

- PABLO IGLESIAS Y EL SOCIALISMO ESPAÑOL*

La figura de Pablo Iglesias domina la historia del partido socialista español. Iglesias ha ocupado hasta su muerte su puesto de jefe. El partido socialista español es una obra suya. Los intelectuales, los abogados, que enrolados en sus filas en su período de crecimiento, constituyen presentemente su estado mayor, no han sabido renovar su espíritu ni ensanchar su programa. Han adoptado la teoría y la práctica del antiguo patriarcal tipógrafo.

Esto quiere decir, sin duda, que el edificio construido por Iglesias, en su austera y paciente vida, es un edificio sólido. Pero nada más que sólido. Trabajo de buen albañil más bien que de gran arquitecto. Iglesias se preocupó, sobre todo, de dar a su partido un cimiento seguro y prudente. Se propuso hacer un partido; no una revolución.

El mérito de su labor no puede ser contestado. En un país donde el industrialismo, el liberalismo, el capitalismo tenían un desarrollo exiguo, Iglesias consiguió establecer y acreditar una agencia de la Segunda Internacional, con el busto de Karl Marx en la fachada. En torno del busto de Marx, si no de la doctrina, agrupó a los obreros de Madrid, separándolos, poco a poco, de los partidos de la burguesía. Organizó un partido socialista, fuerte y compacto, que con su sola existencia afirmó la posibilidad y la necesidad de una revolución y decidió a muchos intelectuales a colocarse al flanco del proletariado.

En esta obra, Iglesias probó sus condiciones de organizador. Era de la estirpe clásica de la Segunda Internacional. Se puede encontrar vidas paralelas a la suya en todas las secciones de la social-democracia prebélica. Como Ebert, procedía del taller. Sabía bien que su misión no era de ideólogo sino de propagandista.

Para atraer al socialismo a las masas obreras, redujo las reivindicaciones socialistas casi exclusivamente al mejoramiento de los salarios y a la disminución de las horas de trabajo. Este método le permitió crear una organización obrera: pero le impidió insuflar en esta organización un espíritu revolucionario. La táctica de Pablo Iglesias, por otra parte, parecía consultar sólo las condiciones y las tendencias de los obreros de Madrid. Únicamente en Madrid llegó el socialismo a representar una gran fuerza. El partido socialista español podía haberse llamado en verdad partido socialista madrileño. Iglesias no supo encontrar las palabras de orden precisas para conquistar al proletariado campesino. Y ni aún en el proletariado industrial supo prevalecer realmente. Barcelona se mantuvo

siempre fuera de su influencia. El proletariado catalán adoptó los principios del sindicalismo revolucionario francés, más o menos deformados por un poco de espíritu anarquista.

El partido socialista habría podido, sin embargo, asumir una función decisiva en la historia de España cuando la guerra inauguró un nuevo período histórico, si la preparación espiritual y doctrinaria de su categoría dirigente hubiese sido mayor. La guerra aceleró el proceso de anquilosamiento de los viejos partidos españoles. Luego, la revolución rusa sacudió fuertemente los ánimos. Entre los intelectuales se propagó un sentimiento filo-socialista. Pero esta situación sorprendía imprevisto al partido de Pablo Iglesias. Los elementos intelectuales que se habían incorporado en él no eran capaces de tomar en sus propias manos el timón. En el momento en que se planteó la cuestión de la adhesión de la Tercera Internacional, la gran mayoría del partido se manifestó convencida de la conveniencia de continuar todavía empleando el viejo recetario de Iglesias. La juventud pasó a formar el comunismo.

Iglesias desconfiaba un poco de los intelectuales. Temía sin duda, entre otras cosas, que trastornasen y transformasen su política. Pero, en sus últimos años, la experiencia debe haberle demostrado que los intelectuales socialistas eran bastante inferiores a este temor. La prosa política de Besteiro, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, etc., es más literaria y más elegante que la de Pablo Iglesias; pero, en el fondo, no es más nueva. El partido socialista español no ha logrado con estos elementos una clarificación de su ideología.

La situación actual de España parece favorecerlo. Los elementos jóvenes de la pequeña burguesía no pueden ya dejarse seducir por los gastados y ancianos señuelos de las izquierdas burguesas. El partido socialista, libre de las responsabilidades de la vieja política, resulta un campo de concentración en el cual muchos de los que tratan de desentrañar oportunamente el porvenir comienzan ya a poner los ojos. La quiebra del anarco-sindicalismo, que ha perdido a sus conductores más dinámicos e inteligentes, coloca a los obreros ante el dilema de escoger entre la táctica socialista y la táctica comunista.

Pero para moverse con eficacia, en esta situación, el partido socialista necesita más que nunca un rumbo nuevo. Con Iglesias, con Ebert, con Branting, etc., ha tramontado definitivamente una época del socialismo. En estos tiempos en que la burguesía, sintiéndose seriamente amenazada, deroga o suspende sus propios códigos y sus propios principios, no sirve de nada la certidumbre de poder ganar, por ejemplo, en las próximas

elecciones, las diputaciones de Madrid.

Pablo Iglesias desaparece en un instante en que a su partido le toca afrontar problemas desconocidos, insólitos. Para debatirlos y resolverlos acertadamente, su experiencia y su consejo no eran ya útiles. El proletariado español debe buscar y encontrar, por sí mismo, otro camino. Puede ser que en alguna de las cárceles de Primo de Rivera esté ya madurando el nuevo guía.

* Publicado en **Variedades**, Lima, 19 de Diciembre de 1923.

- POLÍTICA ESPAÑOLA*

Después de dos años de dictadura militar, conviene echar una ojeada a la política española. Las cosas en España no están siquiera como prima, meglio de prima, cual en la comedia de Pirandello. Están, más bien, como antes, peor que antes. ¿Qué ha hecho en dos años el tartarinesco general Primo de Rivera? Cuando en setiembre de 1923 inauguró su gobierno, prometió poner a España como nueva en un trimestre. Más tarde, pidió para cumplir esta promesa el plazo de un año. El primer trimestre apenas si le sirvió para enterarse de que existía don Miguel de Unamuno. Ninguna de las promesas de Primo de Rivera era, por supuesto, digna de ser tomada en cuenta. Pero una de ellas, por ser la única que podía ser cumplida, produjo cierta complacencia en los optimistas a ultranza: la de que el experimento militar sería breve. El gobierno de Primo de Rivera se anunciaba como un gobierno transitorio. Primo de Rivera entre sus inauditas fanfarronadas no tenía la de sentirse con derecho a conservar el poder. Ofrecía resignarlo, lo más pronto posible, en más expertas manos.

Esta es una de las cosas en que la historia del golpe de estado de los generales españoles se diferenciaba netamente de la historia del golpe de estado de los fasci italianos. El fascismo, desde que conquistó el poder, declaró su intención de mantenerse en él a todo costo. La marcha sobre Roma, según sus proclamas, abría una era fascista. Mussolini, en el más modesto de los casos, tendría la función y la duración de un Bismark. Los generales "casineros", como los llama Unamuno, no pudieron, -más por "casineros" que por generales- emplear el mismo lenguaje ni instalarse en el gobierno con el mismo título. Al principio, se creyeron obligados hasta a dar algunas excusas.

Pero, poco a poco, Primo de Rivera ha cambiado de tono y de gesto. Dos años de dictadura interina no han sido bastante, sino para una cosa: para persuadirlo de que la dictadura puede durar un poco más. En dos años, Primo de Rivera, si no ha encontrado ninguna solución para los problemas de España, ha descubierto su propia capacidad. Nadie podrá decir que el pintoresco marqués de la Estrella ha perdido su tiempo en el gobierno.

Hoy Primo de Rivera tiene una idea más absurda que nunca de sí mismo; pero tiene en cambio, una idea más razonable que antes del tiempo. Ya no da plazos de un trimestre ni de un año. Lo que desgraciadamente quiere decir que su ambición ha aumentado. Antes se imaginaba jugar, por sólo un instante, el papel de taumaturgo. Ahora pretende jugar, por toda la vida, el

papel de un estadista.

El problema político de España no se ha simplificado ni se ha complicado con este cambio que, en realidad, no es un cambio. Como no lo es tampoco el reemplazo del directorio de generales por el ministerio de la Unión Patriótica. La dictadura sigue siendo en España, una dictadura militar. Basta saber que Primo de Rivera es el jefe y que a su lado está el "siniestro" Martínez Anido, para comprender que la dictadura de hoy es sustancialmente la misma de ayer. La presencia de gente civil en el gobierno no significa nada. Quienes dan el tono al régimen son, igual que antes, y más que antes, Primo de Rivera y Martínez Anido.

La política que quiera o pueda desenvolver este gobierno carece en sí de todo interés histórico. La Unión Patriótica no es un partido ni es un movimiento. Los residuos espirituales y mentales del tradicionalismo de Vásquez de Mella o del conservadurismo de Maura son absolutamente impotentes para constituir la base programática o doctrinal de un gobierno. Sin el sable de Primo de Rivera, la Unión Patriótica no existiría como facción o fuerza gubernamental.

Mas, independientemente de su voluntad y de su fraseología, esta dictadura tiene en la historia española una función de la cual es imposible no interesarse. Una función, naturalmente, muy distinta y muy contraria a la que Primo de Rivera y sus secuaces pretenden llenar. La dictadura está liquidando el equivoco o la ficción de la democracia en España. Y, por tanto, está liquidando a los viejos partidos. Estos partidos, que tan medrosa y claudicantemente se han comportado ante el Directorio, han perdido para siempre el derecho de invocar sus ancianos principios. Su abdicación es su muerte. El pueblo español tiene que mirar con desprecio un liberalismo y un democratismo que no han sabido denunciar la traición de la monarquía a la Constitución.

Bajo la dictadura de Primo de Rivera, se elabora en España una nueva conciencia pública. Los hombres comienzan a darse cuenta del vacío de algunas imponentes palabras: Democracia, Libertad, Constitución, etc. El catedrático Jiménez de Asúa, en un artículo reciente, publicado en la prensa argentina, proclama la falencia moral de la monarquía española. Preconiza, como única solución posible de la crisis precipitada por el golpe de estado militar, la organización de una república de bases socialistas. Este no habría sido, sin duda, hace algunos años, el lenguaje de los elementos reformistas. Primo de Rivera los obliga ahora a sacrificar toda reserva acerca del régimen.

La historia está deshaciendo las ilusiones sobrevivientes. En España, como en Italia —y salvadas las diferencias y las distancias— la dictadura se consolida, la reacción se burocratiza. La resistencia de los que se le oponen en el nombre de la constitución y de la libertad resulta absolutamente estéril e inepta. Esta realidad puede parecerles a los hombres un poco dura. Pero tiene que torna-dos, poco a poco, más realistas. Que es lo que hace falta para ver claro en el fondo de los hechos y de las ideologías. Y para encontrar la fórmula de un realismo idealista o de un idealismo realista de la cual pueda salir un régimen nuevo.

 * Publicado en **Varietades**, Lima, 26 de Diciembre de 1925.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).